

tran con él tan de sobra las desdichas, quiso el cielo mezclarle esta gloria con tantos generos de penas, que pudiera tener a suerte no averla recebido. Succedió pues, que el padre de Estela despertó con el ruido que poco antes auia passado, y por no estar toda la noche con sobresalro, tomando su espada y capa, y llamando a vn criado para que le alumbrasse, se leuantó, y empezó a mirar todas las puertas de la casa, por soffegar su rezelo, o por confirmar su sospecha. No se puso a imaginar que su hija pudiera ser la causa de aquel alboroto, porque su modestia en las palabras, su compostura en los ojos, y su honestidad en las acciones la tenían tan bien acreditada, que no pudiera creer cosa que tocasse en ofensa de su reato; y lo que le desveló, solamente fue pensar si algun codicioso de su hacienda queria escusarle de los cuydados de guardarla, que como auia passado a las Indias, sabia muy bien boluer por su dinero. Llegó donde estava la cuydadosa centinela aguardando los dos amantes, y antes que su señor la pudiesse ver, tuuo lugar bastante para esconderse, pero hizolo tan turbada, que no se acordó que dexaua la llau en la misma puerta. Repató el viejo en la no-

pedid, y pareciendole que auia sido descuydo del que la auia cerrado aquella noche, la quitó, y se boluio a su cama. Vinieron a este tiempo Estela, y Carlos, seguros de tan gran desdicha; llamó Carlos, y viendo que no la respondian, pensó q sería sueño de la criada, pero ella en satisfaziendose de que su señor se auia recogido, boluio a ver si parecian, y acordandose de la llave, conocio el daño que auia hecho, llegó a la rexa, y refirioles lo que passaua, y sacando Estela yn suspiro de lo mas intimo del coraçõ, se boluio al cielo, como quaxandose de los extremos en que la ponia. Micõla Carlos, y dixo que ya echaua de ver que aquel gõlpe era a cuenta suya, pues por auerle querido, se auia sujetado a tan varios sucessos, pero que aduirtiese la poca culpa que tiene yn desdichado en que todo le suceda al reués de su pensamiento, porque yn hombre no puede huir la cara a lo que le ordena su estrella; pero que si a caso la parecia, que con su voluntad la auia ofendido, se quitase la vida como dueño della. Basta Carlos (respondio Estela) que su tambien te precis de darme pesadumbres, y en lugar de animarme, me desconfuelas; bueno es, que quando me miras tan

tuya, que lo atropello todo por asegurar tu vida me digas que te la quite; pues pregunto, para quien era esse castigo, quedando yo viua? Ay Carlos mio, viue muchos años, y no agrauies otra vez mi voluntad, sino confidra que te adoro, y que si he sentido este pesar, ha sido mas por tu descomodidad, que por lo que yo auenturo; porque estando contigo, nada puede ser parte para entristecerme; y assi dispon de mi voluntad al aluedio de la tuya, y lleuame donde mas gustares, hasta que a mi padre se le passé el enojo, y viéndome empleada tan a mi gusto, agradezca a su fortuna el tenerte por hijo. Entonces Carlos se resoluió en irse a casa de su amigo Leonardo, para elegir mas cuerdamente lo que estuuieste mejor a su sosiego. No quiso la criada quedar al peligro que la amenazaua, si se sabia q ella era parte en la selta de su señora, y assi con la ayuda de Carlos se arrojó del primer balcon, y se fue con Estela, y Carlos. Informaron a Leonardo de lo que passaua, y pareciendole que por ser tanta su amistad estarian en su casa poco seguros, determinó que antes que se acercasse el dia se fuesen de la ciudad a vna hermosa Quinta que estaua tres leguas della, adornada de



fuentes y jardines, y mandando aparejar vn coche, dio orden a vn criado, para que los regalasse y siruiesse como a su persona. Agradecida Estela a tanto fauor, le besò las manos, y se despidieron de todos, encargando a Leonardo no se descuydasse en auisarlos de lo que resultasse.

Confusa iua Estela de ver lo que en dos dias auia passado por ella; pero acordandose que todos aquellos destierros auian de parar en gozar de Carlos con mas licencia, lo lleuaua con blâdura. Dixo Carlos a los q̄ estauan en la Quinta, que era Estela su hermana, porque si a caso iuan a la ciudad no dixessen cosa por donde pudiesse ser descubiertos, y con mudarse tambien los nombres, viuian contentos y seguros. Mas como la mala estrella de Carlos no se cansaua de atormentarle, quiso que por remate de sus tragedias vna hija del que tenia a su cargo el aumento y vida de las flores, briosa de cuerpo, ocasionada de ojos, y sazónada para qualquier desseo, viendo en Carlos tantas prendas dignas de volûntad, y que Estela ni era dama ni prima, sino hermana, se dexò llevar de vna voluntad tan loca, que las fuentes la murmurauan, y aun Estela la presu-  
mia,



nia; pero tenia Carlos la imaginacion tan ocupada en solenizar las gracias de su esposa, que no dexaua tiempo a la voluntad para diuertirse en cuydados agenos. Venia cada noche Leonardo a informarle de lo que passaua, encargando a Carlos no fuese adonde le viera alguno, por que el padre de Estela como auia dado palabra al Conde, y le parecia que adelantaua su linage con el honroso titulo que gozaua, sin querer reportarse, ni admitir las disculpas de muchos que amaban a Carlos, se fue a queixar al Asistente, el qual mandó que le llamasen a pregones, prometiendo a quien le prediesse, o dixesse del dos mil escudos. Como por entonces se viesse Carlos tan bien guardado, viuia contento y entretenido, de dia le deleytauan flores y cristales, hasta que se acercaua la noche, y dexaua de ser hermano de su querida Estela, y estando vna tarde juntos gozando de vn apazible zéfiro, oyeron que Lucinda tan enamorada de Carlos, como segura de que la escuchassen, cantaua desta suerte:

*La Zagala mal contenta  
de quien apuende el Abril  
lo encarnado del etauelo*

y lo casto del jazmin. La que rinde quando mira  
 porque el pinxel mas sutil y gracioso mezclo  
 niue, rayos, y carmin. Rendida a un nuevo cuydado  
 tan nuevo como infeliz. Confusa, triste, y amante  
 asiente, hora, y canta assis. Carazon passá, y sufrí  
 mil penas para morir. Corazon si noble soy,  
 como mi amor permitis. Si amays, y lo callays,  
 y enora con como viuis. Pero como está el amor  
 tan rezieta nacido en mí, apenas acierta a hablar  
 que es muy niño en el sentir. Mas pues he llegado a tiempo  
 que viva ya un fin mí, de solo morir de seco,  
 por morir, y no sentir. Corazon passá, y sufrí  
 mil penas para morir.

Mas ay de mi, que estas penas, *que para vn amor valiente*  
 aun no me podran rendir, *pocas son, aunque son mil*  
 que para vn amor valiente *Bien hazeyz en tener penas,*  
 pocas son, aunque son mil *sufrid coraçon, sufrid,*  
 Bien hazeyz en tener penas, *que si os han de tratar mal,*  
 sufrid coraçon, sufrid, *menos mal es no viuir.*  
 que si os han de tratar mal, *Ay coraçon quien pudiera*  
 menos mal es no viuir. *viuir con vos y sin mi,*  
 Ay coraçon quien pudiera *pero pues vos deseays*  
 viuir con vos y sin mi, *morir para no sentir.*  
 pero pues vos deseays *Coraçon passà y sufrì*  
 morir para no sentir. *mil penas para morir.*  
 Coraçon passà y sufrì *mil penas para morir.*

Acabò Lucinda con vn suspiro, y mirò Estela  
 a Carlos con alguna malicia; mas ni el se albor-  
 rotò, ni ella se dio por entendida, que quando el  
 amor es à tan en los principios de gozarse, es po-  
 ca cordura dar lugar al menor rezelo. Bien ca-  
 uo le costò a Carlos el ser querido, porq̃ vn cria-  
 do de Leonardo, que tenia cuenta del regalo  
 de Estela y suyo, auia muchos dias q̃ era cuyda-  
 do de Lucinda, y como vio que la causa de an-  
 darran cibia en su amor, era que puestas los ojos



en Carlos, la contó el verdadero suceso de los dos, o para vengarse de su desdén, ó para obligarla a su voluntad. Sintiólo Lucinda, como quié amaua sin esperança de agradecimiento, y baxandose Carlos otra dia a vn pedaço de soto en que se remataba la Quinta, le siguió Lucinda y mostrandose desentendido de su voluntad, la preguntó la causa de sus melancolias. Para que es bueno esto (replió la villana) si estas flores, estos arboles, y aun estas peñas estan publicando lo que passo, y lo que padezco? Preguntafelo a ellas, sino lo sabes. Esta risueña fuente cilla, q se baxa quebrando entras las piedras, de quien pienas tu que murmura, sino de mi amor, y de mi desuario, pues me he querido inclinar a vn hombre, que aun de burlas no me entretiene? pero que mucho si. ma de veras en otra parte? bien conozco que no puedes mas, peto dime, si Estela es tu esposa, y tu eres Carlos hermano del Conde Alfredo, si Estela es hija de don Fernando de Aragon, y tuieres el que la sacaste de su misma casa, de que sirve disfrazaros con el nombre de hermanos, si la noche sabe otra cosa? No echas de ver que tu fingimiento ha sido causa de mi perdicion, pues si declararas desde luego quien

quien eras, cerraras la puerta a qualquier deseo, porque no sé que aya muger tan liorana, que quiera bien a vn hombre, que en la mesa y en la cama ha de ser ageno. Mas pobre de mi, que lo supe quando estaua perdida, aunque ya procuraré apartar de mi este pensamiento antes que passe mas adelante: y creeme, que me deues tanto, que no parece mi amor de tan pocos dias; no es esto lisongearte, Carlos, porque sabe el cielo que solo procuro diuertirme, y aborrecerte: y dime (para que creas esta verdad) quien huiera en el mundo, que pudiendo ser rica, y vengarse de tantos zelos, no huiera ido a la ciudad, y diera cuenta de que viues en estas soledades? dos mil escudos prometen a quien dixere de ti, ó de Estela; pues yo lo sé, y quiero callar, que auiedo nacido muger, y estando zelosa es gran prouea de mi voluntad, pero no soy villana, aunque lo pareceo, gozate Carlos con mi señora Estela, que yo iré consumiendo este amor, q̄ el tiempo suele hazer semejantes milagros, pues vemos que lo que oye se adora, mañana se olvida. Suspenso quedó Carlos de auer escuchado en boca de Lucinda todo el suceso de su fortuna, si bien ella se prometia liberal y piadosa en guardar secre-

to; pero viendo la poca seguridad que se podia tener de quien amava sin ser correspondida, y q su vida, y el descanso de Estela estauan en manos de su silencio, se determino a obligarla, y entre tenerla ya, que no con verdades, por lo menos con palabras que lo pareciesen, q vna razõ corttes, aunque tenga mucho de lisonja, entretiene mientras se escucha: y apenas la empeço a encarecer quan agradecida le estaua, y que quisiera hallarse en estado mas libre para pagar aquel amor, quando Estela pareciendole nouedad estar sin Carlos le venia buscando por aquella hermosa prouincia de flores: y llegando a vna apazible confosion de laureles y mirtos, oyõ hablar no muy lexos de donde estaua, con el fauor de vnos arboles que la seruian de celosia, se acerco tanto, que pudo ver distintamente a Lucinda y a Carlos, y por saber mas a su gusto la ocasion de tanta conformidad, remitió a los oidos su deseo, y escuchó a Carlos, que mas por auerla menester, que por desvanecerle su cuydado, la dezia, que estava tan agradecido a su voluntad, como pagado de su hermosura, y que el auer andado corto en conocerla, auia sido por tener a los ojos el estoruo que ella sabia, porque como a

Estela



Estela tenia tantas obligaciones, que la menor era auer dexado a su padre, no podia hazer de su voluntad todo lo que quisiera, pero q en casandose, y en assegurando sus cosas estava dispuesto a ser muy suyo, de la manera que gustasse. Fuese Lucinda, porque venian algunos de los jardineros, y ya se murmuraua entre ellos su voluntad. Quedó Estela tan admirada y tan muerta, que aun para reñir sus zelos la faltaua animo; pero ya que estuuu cansada de sentirlo, y de ponderar la traycion de Carlos, el atreuimiento de Lucinda, y la furia de los zelos que la atormentauan, viendo que Carlos amaua tanto a vna villana, que la daua parte de sus cosas, y descubria lo que a todos callaua, salio con ansias de zelosa, dando voces, y diciendo injurias contra el amor verdadero de Carlos, llamandole por su nombre, y diciendo: de que sirven ingrato las cautelas con que viues ofendiendo mi sangre, mi calidad, y mis obligaciones? sepan todos que eres Carlos, el hombre mas desleal q ha conocido el mundo; bien se que me ha de costar la vida el verte a peligro de que te la quite: mas por lo menos me he de vengar de tus infamias, que a vna muger principal mejor la parece vn

hombre muerto que ingrato. Buen pago me das de aver perdido por tu causa lo que tu sabes! Es esto lo que con lagrimas me prometiste quando te hize dueño desta desdichada hermosura, pues ya que veo que no te puedo quitar lo que a costa de mi verguença has gozado, por lo menos me libraré de los engaños que me esperauan viuiendo cõtigo, y he de verte sugeto a las crueldades de mi padre, y tu hermano, para que como ofendidos, y nobles se satisfagan a tu costa. Biẽ puedes desde luego guardarte de mi, porque he de ser tu mayor enemigo, y me he de yr a los ojos de quieo te aborrece, solo para que te persigan. Mas quisiera dezir Estela, si el dolor y passió no se lo estoruaran, y assi empeçõ a descansar llorando, que las lagrimas quando vna desdicha es grande, mas sirven de aliuio que de pesadũbre. Reparó Carlos en que casi todos los que viuian en la Quinta auian escuchado a Estela, y acordandose de que eran villanos, tuuo por cierta su desgracia, y fue assi, porque el vno dellos vencido de su codicia se fue a Seuilla, y dio parte de todo a la justicia. Rindiase Estela a la tirana fuerça de vn desmayo, y hallõse Carlos mas feuido de su disgusto, que de los pesares que le esperauan;

peravan; bôluiu a cobrar el sentido, y viendo a su esposo tã triste, la pesó de lo que auia hecho, q̄ el amor como es hijo de vn Dios, se precia de noble, y perdona con facilidad. Luego para satisfazer Carlos a Estela, mandò llamar a Lucinda, y en su presencia aueriguó de quien auia sabido su secreto amor, confessò la verdad Lucinda, y despues dixo Carlos a Estela, que la causa de auer hablado de aquella suerte cõ vna villana, auia sido por obligarla a que no publicasse lo que sabia, pues era de menos importancia dezirla quatro lisonjas, que ponerse a peligro de q̄ intentasse algun desatino. Calló Estela por no confessar que auia errado, y estando discutiendo sobre el suceso de aquella tarde, vino vn hombre a dezir a Carlos, que si queria no verse en manos de la justicia, procurasse huír con brevedad, porque estava ya tan cerca, que seria facil no poder. Y viendo Estela el peligro en q̄ estava, si le hallauan con ella, le rogò que se fuesse porque el solo auia de ser el principal objeto de la vengança de su padre. Hizolo assi, y con vn abraço y cien mil suspiros se despidio de sus ojos, diziendo, que mientras passaua la furia de su padre se iria a Granada, donde tenia amigos



y deudos, y desde alli se informaria de lo que sucediesse; pero como en nada tenia de su parte al cielo, en la vltima puerta vio que le impidian los passos sus enemigos: quisieron reconocerle, y no lo consintio su gallardia, porque sacando la espada contra todos, empezó a procurar su defensa, y fuera cierto que la prision costara mas de vna vida, si Leonardo que ya venia a auisarle del suceso, no se llegara a Carlos, y le dixera, q̄ aquello mas parecia deseo de perder la vida, que medio para assegurarla, pues aventurarse tan temerariamente, no podia tener disculpa en su discrecion. Rindiose Carlos, aunq̄ de mala gana, y luego empezaron a buscar a Estela, aunque fue diligencia escusada, porque pareciendola q̄ Carlos abria tenido tiempo para huir y defenderte de la justicia, quiso tambien ella hazer lo mismo; y assi en tanto q̄ andauan todos diuerido con la prision de Carlos, tuuo lugar de salir por otra puerta, con intento de ampararse al lugar mas vezino, y con este animo, y con la esperanza de hallar, si pudiesse, a Carlos, sin mas compaña que la memoria de sus desdichas, empezó a escurrir por el campo, hasta que rendida de cansancio, combidada del sueño, y de vna pacible

pácible arroyo que auia sido alma de vna peña,  
se quedò dormida. Despertóla su cuydado, quan-  
do ya el Sol dexaua gozarse de los primeros  
montes, y hallóse sola, sin conocer la tierra, ni  
saber que camino tomaria, que fuesse mas con-  
forme a su desseo: y boluiendo los ojos a los es-  
tremos de vn escondido valle, vio alguna canti-  
dad de ganado que le ocupaua, y luego vn pas-  
tor, que teniendo los ojos en la tierra, y los pen-  
samientos en algun cuydado que le inquietaua,  
con vn instrumento acomodado a su natural, y  
a su oficio, cantaua y se diuertia desta fuerte:

*Cansado Celio de estar  
desdñoso con su Filis,  
antiguo cuydado suyo,  
aunque mas bella que firme,*

*Fue a verla, quando otro amor  
gozauan sus ojos libres,  
que por vengarse de Celio  
a quien no pienso se rinde.*

*Miróla el pastor confuso,  
y aun se presume que triste,  
que aunque mas oluide vn hombre,  
nunca gusta que le olviden.*

Parecióle mas hermosa,  
 po. que en otros braços viue,  
 que lo que se goza cansa,  
 y lo ageno es avazible.

Mas viendo Celio que en ella  
 algunas cenizas viuen  
 de aquel incendio passado,  
 de aquesta suerte la dize:

Ay quien pensaras Filis,  
 que faltara el amor que me tuviste?

Ta estoy Filis olvidado,  
 que el olvido el amor sigue,  
 pues me has ido aborreciendo  
 al passo que me quisiste.

Tuya serè mientras viua,  
 muchas vezes me dixiste,  
 viua estás y otra te goza,  
 ya me ensiendes, tu mentiste.

Mis libiezas fueron tantas,  
 que confieso hermosa Filis,  
 que me amaste demasiado,  
 pues que tanto me sufriste.

Regalauasme amorosa,  
 y enojauame terrible,  
 tanto, que al tenerme amor



*llamaua yo perseguirme.  
Supiste de nuevos gustos,  
y aun olvidar me supiste,  
si de veras no lo sé  
solo sé que lo dixiste.  
Ay quien pensara Filis,  
que faltara el amor que me tuuiste?*

Preguntóle Estela la distancia que auia hasta la primera aldea, y fue tanto lo que le obligó su hermosura, y honestidad, que despues de auerle regalado, la acompañó hasta ponerla en vn lugar pequeño que se encobria detras de vn monte, y acordandose Estela de que Carlos auia de parar en Granada se determinó a buscarle, y vendiendo vna joya de las que traía, tomó vna mula, y fiandose de vn labrador que prometió seruirle, hasta que tuuiesse mejor sucesso sus trabajos; llegó a Granada a tiempo que ya Carlos en Sevilla estava cercado de prisiones y guardas, aunque eran tantos sus amigos, y tan grande el afecto con que toda la ciudad le miraua, que el padre de Estela se vino reducir a perdonarle, como pareciesse su hija. Despacharon luego a la Quinta, y aueriguose, que desde aquella no-

che auia faltado: hizieronse en Seuilla infinitas diligencias, sin hallar persona que diesse señas de auerla visto. Confirmô Carlos su aduersa suerte, pidiendo al cielo con lagrimas le diesse paciencia para sufrir los desdenes de su fortuna. No le pesò a Alfredo, que no pareciesse Estela, porque como ya se via desconfiado de merecerla, quisiera que alguno por robarla la hubiera quitado la vida; mas no le salio cierto este deseo, porque apenas llegó a Granada, y supo la prision de Carlos, y la piedad q̄ vsaua su padre con entrambos, quando despachò vn hombre, que cõ toda breuedad auisasse de que estaua viva, y que llegaria muy presto. Salio a recibirla su padre con muchos Caualleros que acompañaron a Carlos, solo Alfredo no quiso hallarse en esta fiesta, por no ver su agrauio a los ojos, antes viendose despreciado, y que claramente se auia conocido su embidia, fue tan grande su sentimiento, y verguença, que en muchos dias no salio de vna sala, y sin mas achaque que su profunda melâcolia, dio en faltar tâto al cuydado de su salud, y en dexarse llevar de sus tristezas, que acabò miserablemente su vida. Sintió Carlos la muerte de Alfredo, aunque le heredaua

(que

(que no fue poco) pero la sangre y el amor siépre tienen su fuerça, principalmente en los pechos nobles, y que no nacen con inclinació de ambiciosos. Recibio los parabienes del nuevo estado, y dio gracias al cielo de la piedad que cõ el vsaua, quando tenia menos esperança de remedio (que la buena, o mala fortuna siempre viene quando no se espera.) Viuió Carlos muchos años en compañía de su amada Estela, gozando la calidad que su hermano perdio con tanta afrenta, pues es cierto que solamente su embidia le mató, que no merece otro fin, quien tiene tanto pesar del bien ageno, como si fuesse desdicha propia.

*Fin de la Nouela tercera.*

L'A





# LA MAYOR CONFESION.

A Lope Felix de Vega Carpio, Pro-  
curador Fiscal de la Camara A-  
postolica, y su Notario des-  
crito en el Archiuo  
Romano.



*E*n la decimatercia parte de sus Comedias de v. m. me dedicô una (efeto mas de su amor, que de mis meritos) y aunque pagar sin ventajas el beneficio puoda llamarse agradecimiento ingrato, assi lo sintio Seneca: Ingratus est, qui beneficium reddit sine usura: con todo esso me parece mas piadosa la opinion de Arist. en el 8. de su Filosofia Moral. Retributio possibilis esse debet, non condigna, y en el segundo libro dà la disculpa: Magistris enim, Dijs, & parentibus

non

non potest reddi æquivalens: Esta Novela de La mayor confusion, cuyo caso tiene mucha parte de verdad, restituyo a v. m. como cosa suya, porque si lo poco que he alcanzado en mis pocos años lo deuo a su doctrina, a cuyos pechos me he criado siempre, bolver al mar lo que salio de su abundancia, mas se deve llamar restitucion que ofrenda. Yo me holgara pareciera de v. m. porque en efecto fuera de Lope, aunq̃ esto no seria deficit de creer en muchos, que pensando desluzir algunas obras mias, y viendose conuencidos a que estan escritas con acierto, se las atribuen a v. m. error grande de su mala intencion, pues no aduerten que mejorandolas de dueño las califican, y lo mismo que intentan para desconsolarme viene a serirme de Panegirico; pero ya no me espanto que a mi me atropellen siendo una hormiga, pues aun en los hombres prouectos, y que con eternas vigili-  
 as han merecido laureles y alabanzas, quiere hazer suertes la envidia destos Menipon, y Diogenes. Dichoso v. m. que los castiga sin responderlos, y ha venido a tiempo que haze gala de la perfeccion, saliendo ala defensa de su causa recyeta y tres libros hasta oy impresos; las Comedias pasan de mil sin autos, y obras sueltas; la lengua Latina (sin auer sido Catedratico de Gramatica) cutiende

v. m. como la suya propia: los versos ha puesto en el estado que oy tienen; y con ser esto verdad, saber que yo lenguas, auer visto infinitos Poetas, y tener de todas las ciencias noticia bastante para hablar en ellas, como si las huiese profesado, no puede librarse de emulaciones y desatinos. Pero quando la virtud, y la verdad no passaron por estos accidentes? y mas en opinion de algunos, que ponen el credito de sus obras en el vituperio de las ajenas. Antigua deue de ser esta costumbre, y no segura para los que la siguen, pues dize dellos. S. Geronymo: *Vilium satis hominum est, & suam laudem quærentium alios viles facere.* v. m. (si sus ocupaciones le permitieren tiempo ocioso) se sirua de leer y corregir essa Nouela con las demas, y si le parecieren bien porque pienso estan escritas con cuydado, puede dezir lo que Cyro hermano de Artaxerxes alabando Lisandro unos arboles que el mismo auia puesto: *Mea manu sunt latæ,* pues yo lleuo las flores, y v. m. ha cultiuado el campo. A quien guarde Dios como deseo.

El Licenciado Iuan Perez de Montaluan.





# NOVELA QUARTA.



**E**N la ilustre villa de Madrid, Cortē de Felipe Quarto, vnico dueño de dos mundos, cuya grandeza, tēplos, edificios, y antigüedades descriuiera como hijo suyo, si el Maestro Gil Gonçalez de Auila, Coronista de su magestad, no huiera cerrado la puerta tan de todo punto a esta materia, q̄ solo su ingenio, estudio y cuydado lo pudiera auer conseguido con tanto acierto, a quien tiene Madrid no poca obligaciō. En este mar de grandezas huuo vna donzella principal, llamada Casandra, que por muerte de sus padres se crió debaxo del amparo de vn deudo suyo, con mas libertad que pedia su nobleza, porque como ninguno tenia potestad bastante para sugetarla, se atreuia a muchas cosas, que si  
 bien

bien en la niñez se librati de ser culpadas, son por lo menos escalones para llegar a otras liviandades. Era Casandra moderadamente hermosa, pero acompañaua su belleza con tal traueffura, así en los ojos como en las acciones. q̄ daua ocasion a que todos reparassen en su desefado (que con este nombre disfraça el mundo la deshonestidad de algunas mugeres.) Escuchaua con gusto quanto le dezian, respondiendole más de lo que permitian sus años. Cantaua con admiracion, y tenia otras muchas gracias, q̄ el defeo de parecer bien, y de verse querida, la obligaua a preciarfe de todo con perfeccion. Cō estas partes, y diez mil ducados de dote dio lugar a que muchos aspirassen a su casamiento, ynos cautiuos de su hermosura, y otros pretendientes de su riqueza. A todos miraua, y a todos entretenia; mas por el ansia de que la amassen, que por estar prendada de alguno; y entre todos quien solamente merecio la verdad de su pecho, fue Gerardo primo suyo, y que se auia criado con ella, de buena presencia, de mejor cara, y de razonable juyzio. Lleuaua pesadamēte Gerardo la condicion de su prima, viendo que a todas horas le daua muchas pesadumbres, que pudiera

pudiéra escusarle, porq̄ aũque le amaua, no queria por vn amor perder la gloria de tantos, pareciendole que mientras vna muger le tiene a vn hõbre no le ofende en dexarse querer de los demas: pero quitóle este pensamiento Gerardo, diziendo, que pues el se contentaua con ver sus ojos, auia ella de hazer lo mismo, ò se despediese de verle en su vida. No pensó Casandra, que pudiera su primo cõplir amante, lo q̄ auia prometido zeloso; y engañose, porque anteponiendo la obligaciõ de su honor a la fuerça de su deseo, passó quinze dias sin verla, ni passar por donde estuuiesse. Sintió Casandra este despego, porq̄ aunq̄ se holgaua de q̄ los demas la solicitassen, como aq̄l gusto consistia mas en su vanidad, q̄ en su cuydado, ningun amor pudo cõ ella tãto, q̄ borrasse la memoria de su ausente primo: y reparado con mas cordura en su peligrosa condiciõ, conocio q̄ Gerardo se quexaua justamente, y assi se determinó a seguir su gusto, aunq̄ solo daua auer de ser ella quié le llamasse, (q̄ las mugeres aun quando agrauian, quieren q̄ las desenojen) mas viendo q̄ para quien se vé culpada, es el atajo echarle a los pies de la picdad, tomó la pluma, y escriuió vn papel, diziendo:



**P**Or cierto señor primo, que v. m. está mas riguroso con mi voluntad que imagine, pues tiene animo para no verme en tantos dias, yo al menos bien puedo dezir que le quiero mas, pues ya me falta aliento para llenar adelante esta ausencia, v. m. se dexee ver, que yo salgo a qualquier partido, para que se satisfaga, que nada estimo como su voluntad, a quien guarde el cielo mil años, y le trayga esta tarde a mis ojos, si a caso no ay otros que lo estoruen, que de un hombre en Madrid y enojado, qualquiera cosa puede creerse.

Con infinito gusto leyó Gerardo el pàpel, y luego fue a ver a su hermosa prima, y a darla satisfacion de sus honrados zelos: ella le recibio con los braços, quedando confirmadas las pazes de su amor; y acordandose Gerardo que le auia fanorecido tanto aquella noche, que por diuertirse a mirarle, faltando al cuydado de la almohadilla, se maltó la olánda con su hermosa sangre, se recogio a su aposento, y escribió en amorado estos versos, que a la siguiente noche cantó a su puerta.

Prima, si quando mirays  
 tan cierta mi muerte veys,  
 mas cruel me pareceys,  
 quando mas piadosa estays:  
 y aunque por mi despreciays  
 esta fuente de rubi,  
 no es fauor, que os presumi  
 tan tirana con los dos,  
 que os alreuerays a vos,  
 por verme morir a mi.

Mas si enfermastes, bien mio,  
 de achaque de vuestro amor,  
 justo parecio el rigor,  
 honesto fue el desvario;  
 del vuestro salud confio,  
 que si el calor necio anduuo  
 la sangria cuerda estuuo,  
 como en su efeto se vé,  
 que sin duda en Mayo fue  
 pues tantos clauales huuo.

Distes licencia al carmin,  
 que se esparzio tan hermoso,  
 que pudo el suelo dichoso  
 pretender para jardin:  
 preuino el amor en fin

*vn desmaydo liberal,  
 (dulce injuria del cristal)  
 y el hierro a vn Angel alcue  
 bordó margenes de nieue  
 con arroyos de coral.*

*Mas yo, prima, quando os vi  
 con mas rosas que solia,  
 tuue la herida por mia,  
 pues sus efectos senti:  
 que como la causa fui,  
 me alcançó tanto dolor,  
 que os perdonàra el rigor  
 (si assí se puede dezir)  
 porque darne que sentir  
 no parece que fue amor.*

Entendierõ los deudos de Gerardo su amor, y todos conuinieron en que se despachasse a Roma por orden del señor Nuncio, para que su Santidad concediesse la dispensacion. Supose entre los amantes de Casandra (que eran muchos) este suceso; vnos perdieron de todo pũto las esperanças, otros lloraron su corta fortuna; y otros apelaron a su nuevo estado. Pero quiẽ lo sintio con mas veras, fue don Bernardo de Zuñiga,



Zuñiga, cauallero natural de Cordoua, tan grã soldado, que por su espada auia sido Capitan de cauallos en Flandes; estaua tan rendido a la belleza de Casandra, y a sus hechizos, que le f. lto poco para perder el juyzio, y la vida. Era el de mas meritos entre los que solo tenian nombre de amantes, y por esta razon el mas fauorecido de sus ojos, que como ella no se desdenaua de escuchar, de responder, y aun de recebir, don Bernardo tenia creído que seria suya, y con esta esperança auia crecido su amor de suerte, que quando quiso, no pudo resistirle, y assi esperando vn dia de fiesta al salir de Missa, se llegó a ella turbado, y descolorido, y delante de las personas que la acompañauan, la preguntó si le conocia? Si, (respondio Casandra) y sé la merced que me auieys hecho, y lo mucho que os he debido, pero ya no estoy en tiempo que pueda pagaros estas obligaciones. Pues si me conoceys (dixo don Bernardo) y sabeys mi amor, de que ha seruido amando a Gerardo. fauotecerme para dexarme burlado y desvanecido. Estos terminos, Casandra, no son de mugeres tan principales como vos, que solo se vsan entre las de tan baxos pensamientos, que hazen officio lo q̃

es gusto. Basta (replicò Casandra) q̄ de atre-  
nido os vays a descortês, sin tener mas ocasion q̄  
la que os dà vuestra soberuia, porque lo que en-  
tre los dos ha passado, solo ha sido vn entreti-  
miento honesto, fundado no en voluntad que  
os tuuiesse, sino en agradecer la q̄ os deuia. pues  
por escucharos dos, o tres noches en vna rexa,  
no hize escritura de quereros; y assi teney poca  
razon en andar demasiado conmigo, aunque yo  
os lo perdonaré con que de oy mas sepays, que  
Gerardo es mi primo, y ha de ser mi esposo, no  
porque os auentaja en meritos, sino porque le  
he querido desde que naci: y hazed me merced  
de aqui adelante de hablar en mi honor cõ mas  
modestia porque os puede estar mal otra cosa.  
Si harè por cierto (respõdio don Bernardo) porq̄  
hablar en desprecio de las mugeres, es de hom-  
bres humildes, y yo tengo alguna parte en la  
casa de Monterey; mas lo que no podra  
consentir mi amor, serà que Gerardo, ni otro  
en el mundo os goze mientras quiere esta es-  
pada, y no se le aplacaren mis zelos.

Quedó Casandra con pesadumbre, porque  
de otras ocasiones conocia la temeridad de don  
Bernardo, y la colera de su primo; el qual sabien-  
do

do de vna criada todo lo que auia passado, sintio, como era justo, los zelos de su honra, y el atreuimiento de don Bernardo. En llegando la noche, con vn bioquel y su espada le fue a buscar, y no le hallando, ni en la fuya, ni en vna casa de juego donde solia acudir, se puso en la calle de Casandra, pareciendole, que pues blasonaua de tan amante, era fuerça acudir a su cêtre. Succediole a Gerardo como imaginô, aunque no como lo desseaua (que los desengaños en quien ama se buscan, pero no se apetecen) y apenas le conocio, quando sin aueriguar la verdad, ni esperar satisfacion, (que lo vno y lo otro suele parecer cobardia) sacó la espada, y se fue para el. Aguardóle don Bernardo soffegado y valiente, por ser el mas diestro que en aquel tiempo se conocia, como en este lo es el insigne don Luiz Pacheco de Naruaez gloria, y honor del mûdo, y a quien deue nuestra nacion su credito en esta parte, pue ha reduzido a ciencia, lo q̄ hasta aora ha sido acertar por accidente. Pero como la destreza obra dificultosamente sin luz, por ser el principal medio para su execucion, no podia don Bernardo ni hazer lo que sabia, ni cumplir con el deseo de su vengança, y cansado de que



durasse tanto la vida entre dos zelosos, hallandole el broquel vn poco alto, le metio vna estocada tan fuerte, que luego Gerardo se imaginó sin vida, y cayendo a sus pies, le pidio con afecto Christiano le dexasse confessar y arrepentirse de sus culpas. Acudio infinita gente al ruydo, sacaron luzes de las ventanas, llegó la justicia a tiempo que ya don Bernardo se auia fauorecido de vna Iglesia, aunque le apronechó poco, pues a pesar suyo le sacaron della (que en tales casos suele ser mas segura la casa de vn Embaxador, que la de vn Monasterio.) Lleuaron a Gerardo a la de su prima, que bañada en lagrimas hizo tantos extremos, que dio mas lastima ella viua, que Gerardo muerto; remató su sentimiento con vn desmayo tan riguroso, que en dos dias no pudo boluer en sí. Murio Gerardo, perdonando primero a su enemigo, y rogando a sus padres y deudos no le hiziesen ofensa. Mas poco le correspondieron en esta parte, porque luego procedieron contra él con tanta fuerza, que a no tener en su favor la Iglesia, y el amparo de muchos Principes, que por su valor y sangre estimauan su persona, le sucediera vna desdicha. Desta manera estubo en la carcel mas de quinze meses;

meses; la Iglesia le pedia, y los juces teniã voluntad de darle, si la parte que era poderosa se ablandara, y estuviere menos rebelde en el perdon: y assi interuiniendo la autoridad de muchas personas graues, procurarõ para assegurar el honor de Casandra, fuesse don Bernardo su esposo, con que cessarian disgustos y pleytos. Consultaron este pensamiento con ella, y respõdiõ a los principios aspera y desabrida, quitando a todos la esperança de que por aquel camino tuuiesse fin los negocios de don Bernardo; pero como la firmeza de Casandra era tan poco segura, y su condition tan varia, a pocos dias oyõ con mas piedad las desdichas de don Bernardo, porque no tenia anima para estar mucho tiempo sin consolarse: y assi lastimada dël, se resoluió a ser suya, con lo qual salio libre (si puede llamarse cõ este nõbre quien se auia desposado en la carcel.) Alabaron todos la noble piedad de Casandra, y celebraron cõ fiestas y regozijos el nueuo empleo. Era don Bernardo imaginatiuo, y como conoçia a Casandra, empeçó a temerla, procurando quitar todas las ocasiones en que pudiesse tropeçar, si biẽ no la podia yr a la mano en las muchas galas, y demasiado cuydado de su hermo-

fura; pero passaua por ello, porque no todas vezes le es licito a vn marido dar a entender a su esposa que vive desconfiado de su virtud (que ay muger que haze verdad lo que se sospecha, solo porque no la culpen inocente.) Dioles el cielo vn hermoso hijo, creciêdo el amor de los padres con él, y gozandose en esta conformidad algunos años, hasta que la muerte (forçoso fin de todos los gustos) quitò la vida a don Bernardo, o por mejor dezir le mataron los zelos que padecia, y las sospechas que callaua. Sintio Casandra esta perdida con estremo, por ser grãde el amor que ya le auia çobrado, y solamente la siruio de consuelo su hijo don Felix, que aeompañaua su soledad, y la diuertia de sus tristezas. Era don Felix discreto, galan, y tan hermoso, que pudiera embidiarle la cara qualquiera dama; tenia linda conuersaciõ, y era por estremo agradable: pluguiera a Dios no lo fuera tanto, pues dio ocasion (aunque sin culpa suya) al mas estraño delito que ha conoeido el mundo.

Pretendian en este tiempo muchas personas principales el casamiento de Casandra, por no auer estado nunca tan hermosa, los años no passauan de treynta y quatro, y como auia tenido

pocos



pocos trabajos, parecian menos; pero ella se determinó a no casarse, sin poder ninguno entender la causa; muchos pensauan que era virtud, pero otros no piadosos creían otra cosa, porq̃ muchas galas (que tambien las consiente aquel estado) ofendian su recogimiento; mas lo cierto era, que Casandra tenia vn amor secreto, tan injusto, que ella misma estava con verguença de hablar en él, porque viendo en su propio hijo el sentidimiento, el talle, y la gallardia, se dexo vencer de vn pensamiento tan liuiano, que le vino a mirar có animo de gozarle deshonestamente. Estaua ya tan ciega, q̃ no le daua lugar este desseo a que pensasse en otras cosas, ni quisiessse diuertirse a otros gustos; y sin poder redúzir a razon su apetito, se resoluió a llegar a los braços con don Felix, cosa que aun imaginada ofende a los oïdes. Bien echaua de ver, que intentaua vn imposible, pero todo lo facilitaua su amor, que como la volúntad nace sin ojos, ni mira los incouenientes, ni se rezeña de los peligros. Tenia Casandra vna criada de quien fiava todo su pecho (cuyo nombre era Lisena) la qual rogó a su señora, viendola tan desabrida, la diese parte de sus congoxas, que  
sin

sin duda eran muchas, pues la obligauan a semejantes extremos. Ay amiga (respondio Casandra) pluguiera a Dios fueran mis tristezas, o capaces de remedio, o menos indignas de referirse, mas quiere mi fortuna que las padezca y calle, para que me consuma mi propio silencio; pero mal hago en no contarte lo que me tiene sin gusto, sin salud, y sin vida, sabiendo de tu amor que tomarà por su cuenta mi desgracia, y me aliuará la pesadumbre, pues quien escucha piadosamente, consuela al alma, ya que no remedia la pena; bien sè que le ha de costar a mi verguença algunas colores, pero no hablo con ningun extraño, muger eres como yo, y que des seas mi bien, y supuesta esta verdad, oye la mayor desdicha que puede auerle sucedido a vna muger de mis prendas. Nace mi desafosiego, y poco gusto (o amiga Lisena) de amar a vn hōbre, que con ser tan bueno como yo, y estar cierta de que me quiere bien, es imposible pueda gozarme. Dime, que es la causa de hallar dificultad en lo que parece que no la tiene, y mas auiendo igualdad y correspondencia de parte de entrambos? pues para sacarte desta duda, y tambien para que preuengas tu ingenio en mi  
remed

remedio, oyeme vn rato, aunque despues te espantes de mi liuiandad. Yo amo a mi propio hijo, yo adoro a don Felix, y esto de manera, q̄ ha de costarme la vida el ver que no puedo executar mi desseo: yo he procurado estoruar me esta resoluciõ, pero ni el ver q̄ voy cõtra las leyes de la naturaleza, ni el cõsiderar q̄ es vn intẽto temerario, y sobre todo saber q̄ se hade enojarse el cielo tã grauemẽte ha sido bastãte para olvidar este pẽsamiẽto, tanto es lo q̄ se ha apoderado de mi aluedio: mira tu si tengo hasta ocasion para llorar y dessear mi muerte, hallãdome en estado q̄ me falta poco para perder la opiniõ, y la vida?

Admirada escuchó Lisena el indigno amor de Casandra, y despues de auerla persuadido a que le borrasse de su memoria, la dixo: Pluguiera a Dios, seõora mia, q̄ el amor que me tiene a mi don Felix, pudiera remediar el tuyo, que yo te traspasara algunas finezas, porque ha dado en perseguirme de manera, que muchas vezes por tener miedo a sus demasias, no me atreuo a estar sola delante de sus ojos, y con tener los me recimientos que vés, te asseguro, que nunca me he determinado a mirarle con mas voluntad q̄ la que le deuo por hijo tuyo, y dueño mio: y tã-  
bien



bié lo que me ha detenido los passos, es el no éstar tan libre de vna passion que me consienta otros desvelos: yo quiero bien, y soy pagada, dos cosas que me tienen con tienda los ojos. He te dicho esto, porque no presumas que por verme querida aya tenido atreuimiento para ofender tu casa.

Con atencion, y aun con embidia, la oyó Casandra, y del veneno que la pudieran dar los zelos, mirando gozar lo que ella no merecia, facó medicina que curasse los acidétes de su passion, y en vn punto le ofrecio su entendimiento vna traça tan ingeniosa para lograr su lasciuo desseo, que no pudiera el padre de Icaro, que fue instrumento de la deshóra de Pasife, imaginarla mas a su proposito; y llamando en secreto a Lisena, la dixo en breues palabras, que solo en ella estriaua el fin de su desseo, porque con su ayuda seria cierto que le cumpliria. Confusa quedò Lisena con la nueva esperança de su señera, y lo que la respondió fue dezir, que de su parte estava dispuesta a intentar por su gusto qualquiera ofidia, aunque auenturasse la vida y la honra, entóces Casandra, proseguio diciendo:

Supuesto Lisena (como tu dizes) q̄ no tienes

amor

amor a don Felix , te has de mostrar de aqui adelante tan reconocida a su amor, y tan pagada de su talle, que venga a creer le tienes alguna voluntad, y profiga en el deseo de gozarte, y la noche que te pareciere, le has de dar licencia para q̄ te hable en tu aposento: y essa misma noche estaré yo en él, y gozaré con este engaño lo que ha tantos dias me tiene como sabes, pues hallandome sin luz, será imposible que me conozca. No le desagradó a Lisena la traça, y luego empezó a executarla, así por agradar a quien auia menester, como porque Casandra la consintiesse algunas liuandades que tenia, y a pocos lances concertò con don Felix, que en medio del silencio de la noche entrasse sin que nadie le sintiesse en su aposento, pero con preuencion de que hablasse poco, porque no le escuchasse alguna criada que la descompusiesse con su madre; prometióla don Felix ser mudo, porque el no auia de ir a hablar con ella, sino a llegar a sus braços, en los quales se comunica el alma, sin auer menester a la lengua; vino la noche, y auisò Lisena a Casandra, la qual aguardò por galan al mismo que auia traído en sus entrañas. Llego el engañado don Felix, y ageno de semejante maldad, pensando

pensando que estaua en los brazos de vna criada, gozó la belleza de su indigna madre, de la qual se despidio arrepentido como todos. y Casandra quedó tan corrida y auergonçada consigo misma, que quisiera auer perdido la vida, antes que poner por obra tan ruyn pensamiento, tanto es el dolor que traen los gustos despues de conseguidos, y mas quando proceden de causa que no puede tener disculpa, que vn delito feo no ha menester mas castigo que cometerse, pues a todas horas está abrasando el alma, y dando en los ojos con la culpa. Ya Casandra passaua por estos rigores, porque la naturaleza misma parece que se quexaua de su violencia, y como a las espaldas de la possession viene siempre el arrepentimiento, no sabia que hazerse para huyr de si misma, que ya era su mayor enemigo: y no parò en esto su d. dicha, sucediendola aun peor de lo que imaginó, porque en su falta de salud, y en otras faltas, conoció que no le salia tan barato su desatino, q̄ pudiesse estar secreto muchos dias; sintiose prouada, y antes que passasse adelante, quiso valerse de remedios crueles, para arrojar un tiempo aquel desdichado fruto; pero no le aprovecharon medecinas, ni diligencias contra

la



la fuerça de su destino: y assi considerando quã a peligro estava su opinion, y que el tiempo auia de descubrir su liuandad, aunq̃ no el autor de-lla, hizo que dentro de vn mes se pattiesse don Felix a Flandes con vna ventaja, y vna letra de dos mil escudos; no sin gusto suyo, porq̃ dessea-ua ver mundo, y salir de España, por saber que nunca la patria trata a sus hijos como madre. Y luego para no verse murmurada del vulgo, de sus parientes, y de sus amantes, fingiendo vna promesa a Guadalupe, se fue a vna pequeña aldea donde tenia Lisena sus padres, y alli estuuó secretamente, hasta que dio a luz vna hermosa niña, a quien llamó Diana: y dexando orden para que la criassen, se boluio a su casa, viviẽdo despues con tanta cordura, que cobró el honor q̃ tenia perdido en opiniõ de muchos, que por sus locas galas sospechauan mal de su virtud. Crecio Diana, y truxola consigo, dando a entender a todos que vna noche la auian hallado las criadas a su puerta, y que para diuertir la ausencia de don Felix, la queria tener en lugar de hija.

Ya don Felix en este tiempo era muy galan soldado, bien quisto, y amado de todos, assi por  
su

su valor, como por sus muchas gracias: era cortés y liberal, y sobre todo tan virtuoso, que siendo soldado, ni juraua ni jugaua; pero como nunca falta vn azar que desbarate el sosiego y gusto de vn hombre, sucedio, que estando cierta noche hablando con vna señora Flamenca, pasó por la calle vn Cauallero, que auia sido dueño de aquella casa mucho tiempo, y aunque ya no lo era (porque la tal dama viendose aborrecer, auia pretendido diuertirse) con todo esso no queria consentir que ninguno la solicitasse, o por hazerla pesar, o porque a él le pesaua, que los zelos suelen despertar la voluntad mas dormida. La noche era algo obscura, y por esta ocasion, ni el Cauallero, ni dos músicos que traía consigo vieron a don Felix, que abrasado de colera huuiera sacado la espada, aunque estaua solo, si no se lo impidiera la dama, poniendole por delante su opinion. Acercaronse los músicos, y en concertando los instrumentos, a proposito de lo que entonces passaua por su dueño, cantaron así:

*Ya llegó, señora, el día*

*en que de mi amor te causas,  
pues sosiegas, y descansas  
sin matarte por ser mia.*

*Taura.*

Y aunque esforçoso que sienta  
que del alma me sacaste,  
siquiera porque me amaste  
me huelgo que estés contenta.

Alegrate, y no estés triste,  
que yo podrè consolarme,  
con que no puedes quitarme  
el amor que me tuviste.

Que azerme querido bien  
no me lo puedes negar,  
pues yo te vi suspirar,  
y te vi llorar tambien.

Y aunque de ti me despidas  
yo Flora tengo entendido,  
que es mas lo que me has querido,  
que lo que aora me olvidas.

A tratar verdad aqui,  
aunque mas cruel te miras,  
yo se Flora, que suspiras,  
y que te acuerdas de mi.

Hanme dicho que a otro quieres,  
y no es mucho te prometo,  
que eres muger en efecto,  
y aprendes de las mugeres.

Gozesle por muchos años,



que tambien era lozura,  
 fagejar essa hermosura  
 a mis desdenes y engaños.

Pero no pienses que estás  
 por esso en tu amor vengada,  
 que admitir a otro picada  
 es para abrasarte mas.

Y si a caso el nuevo empleo  
 te diere Flora disgusto,  
 escoge vn hombre a tu gusto,  
 y diferencia el desseo.

Que aunque al honor no es decente,  
 con tantos puedes hablar,  
 que al fin vengas a topar  
 alguno que te conviene.

Mas malo llevar á bien  
 mi amor, porque en caso tal,  
 despues que le iratas mal,  
 pienso que te mira bien.

Picarme Flora has querido,  
 y no pienso que has errado,  
 pues quien no te quiso amado,  
 te enamora aborrecido.

Mas aunque muera a por tí,  
 no te lo daré a entender,

*porque no me quiero ver  
como te viste por mi.*

Encantando se llegó el Cauallero a la rexa, para ver si le auian escuchado, mas viendo que la ocupaua otro, sufriendo mal la conformidad de entrambos, le dixo a don Felix, se tuuiesse por auisado de que daua pesadumbre en solicitar el cuydado de aquellas rexas, y assi se escusasse de darla, porque podia costarle mucho disgusto hazer otra cosa. No pienso yo (replicó don Felix) que aurà ninguno que me le dé conociendome: esta calle es del Rey, que Dios guarde, y esta dama no tan vuestra, que piasse por lo que dezis, ptes es cierto si os amara, no estuuiera conmigo. Yo no he de prometer lo que despues ha de ser imposible que cūpla: y supuesta esta determinacion, elegid el medio mas conueniente a vuestro amor, como yo no pierda. El medio sera (respondio) echaros de la calle a cuchilladas, y quitaros despues la vida, para que cessen tãtos enfados. Pareceme que no lo auays recabado conmigo, (replicó el valiente Español) porque la he sabido defende: en otras ocasiones de mas peligro, y sacando la espada a los primeros gol-

pes esmaltò el arrogante Flamenco con su sangre las piedras, y viendo que la gente que traía acudia a su defensa, le fue forçoso a don Felix retirarse a la casa de vn Cauallero amigo suyo, donde estubo algunos dias, hasta que sabiendo que su enemigo era de los mas principales de aquel Estado, y que por essa causa, aunque sanata de la herida, auia de estar con el mismo riesgo, se partiò a Napoles, y despues de admirar sus grandezas, determinò dar la buelta a España a gozar su patrimonio, y descansar de los trabajos de la guerra. Llegò a Madrid, donde le recibieron sus deudos, y su madre con infinitos regozijos y fiestas. Tendria Diana entonces hasta catorze años, y estava tan bella, que con ser Madrid el lugar donde menos luzen las hermosuras, por auer tantas, Diana entre todas tenia opinion. Preguntò don Felix quien era: respondióle Casandra, que no la conocia mas padres que al cielo y a su piedad, y que por llevar con más blandura el rigor de su soledad, la auia criado desde sus tiernos años. Miròla con atencion don Felix, y como para amarla no era menester sino dexarse mirar, no pudo resistir el fuego de sus diuinos ojos: y así en qualquiera ocasion  
procu-



procuraua darla a entender su amoroso cuydado. Era discreta Diana, y entendiólé, que vn amor grande có facilidad se conoce, y no la pensô, porque no tenia don Felix entendimiento ni talle para que ninguna se desagrada de su empleo; aunque viendo la desigualdad que juzgaua auer de por medio, se fue a la mano, y riñô a sus ojos algunas traueffuras, que el recato li ma descuydos, por no empeñarse en vn amor q̄ no auia de parar en fin honesto; pero como en los primeros años está el alma tan despuesta a qualquiera voluntad, la de Diana confesô dentro de su mismo pecho que amaua dô Felix, el qual sufriendo los desdenes de su hermosura, nacidos de su honestidad, no de su dispresio, se resoluió a proffiar hasta vencerla. Salia de noche, y passeauase por su misma casa, como si fuera agaña, por no escusarse de las finezas de galan, y auisando vna noche a ciertos amigos musicos para obligar a la discreta Diana, cantaron entre todos desta fuerte.

*Aunque me mate Diana  
no estoruey; seluas mi muerte,  
que pues yo la sollicito,*

sin duda que no me ofende,  
 Que os dirè de sus cabellos,  
 que con rizos diferentes  
 atreuidamente hechizan,  
 lisongeramente prenden.  
 Basta dezir que son suyos,  
 y que Diana los tiene  
 para guardar con oro  
 jurisdicciones de nieue.  
 De sus ojos se deziròs  
 que quien los mira los teme,  
 ay de mi que los he visto,  
 y he visto en ellos mi muerte.  
 Solo consigo compiten  
 que el Sol ni puede, ni quiere,  
 como sabe lo que valen,  
 intentar desvanecerse.  
 Antes humilde los mira,  
 y por amigos los tiene,  
 por si acaso ha menester  
 alguna luz que le presten.  
 Las mexillas son de rosa,  
 que sobre el marfil parece,  
 que quiso el cielo casar  
 acucenas, y claycles.

**La boca de nieue y grana,**  
 es vn aposento breue,  
 caixa de mejores perlas  
 que Neptuno en conchas tiene.

**Las manos son de cristal,**  
 tan hermoso y transparente,  
 que en belleza y en blancura  
 no deuen nada a la nieue.

**Lo demas que no se toca,**  
 ni a los ojos se consiente,  
 sin duda que es mas perfecto  
 pues imaginado enciende.

**En fin me ha muerto Diana,**  
 pero tan gustosamente,  
 que suelo de amores loco  
 agradecerla mi muerte.

**Mirad si tengo mal gusto,**  
 y si puede libremente  
 perderse vn hombre de bien,  
 si esto puede ser perderse.

**Y asi dezilda si a caso**  
 a visitaros viniere,  
 que se acuerde de mi amor  
 y de mis penas se acuerde.



Ingrata era Diana a todas estas finezas, porque podia con ella mas su recato que su amor: y assi le dixo vna mañana, que no se cansasse en conquistar su pecho, porque seria mas facil reduzir a numero las arenas del dorado Tajo, y hallar piedad en las entrañas de vna peña. Bien pudiera desmentirla su propio coraçon: pero muchas vezes huye vna muger de lo propio que adora, porque lo que mas ama, suele ser su mayor enemigo. Alcaçó Casandra a saber esta voluntad, y turbóle el alma el intento de su hijo, por el peligro que auia en que Diana como muchacha se dexasse vencer de sus palabras: y assi llamandola a parte, culpó el atreuimiento de mirar a don Felix, sabiendo que no podia intentar sino su deshonra, porque no auia de casarse con vna muger que no conocia padres: y advertiessse que ella estava resuelta a casarla tan bien, que nadie pensasse sino que era hija propia, pero seria con la condicion de no salir vn punto de su obediencia, porque si tenia otro pensamiento, desde luego podia dexar su casa y disponer de su libertad a su gusto. Respondióla con lagrimas la hermosa Diana, que ya sabia que no merecia a su señor don Felix, por no conocer a quien la auia  
dado

dado el ser, pero que tampoco tenia razon en dezirselo con tanto desprecio, pues en fin era cosa en que no tenia culpa, y que mirasse que se quexaua injustaméte de su honestidad, porque de la misma manera que no auia estado en su mano tener tan sospechoso nacimiento, así no era culpada en que su señor don Felix la amasse; si a caso era tenerla a amor, dezirla algunas vezes quatro razones, mejor sentidas, que escuchadas: mas si alguna criada con informaciõ falsa, con embidia, o con zelos la dezia otra cosa, entendiessse que la engañaua, porq̄ en ella no auia mas ocasiõ q̄ tener aquella desgraciada hermosura: y que para mas satisfacion de su verdad, tratasse desde luego de darla estado, como no fuesse casádola, porq̄ no se sentia cõ animo de sufrir vn marido: y pues (como ella dezia) tenia tãto desseo de remediarla, Monasterios auia en la Corte dõde podia acabar su vida, para librase de escuchar vna afreça a qualquiera q̄ la coneciesse.

Con muchos abraços la respondió Casandra, agradeciendo su santa determinacion, por que aunque era verdad que la amaua como madre, y auia de sentir su ausencia, menos inconueniente era viuir sin ella, que estar a peligro

de que don Felix moço, atreuido y enamorado passasse adelante en su locura, y despues de vn yerro tan grande, se siguiessse otro mucho mayor pues aunque Diana se resistiessse, la porfia, el amor, y los ruegos lo sugetan todo: y con este animo concertò secretamente en vn Conuento su dote, donde la lleuò, y en breues horas trocò su casa por vna celda, y sus galas por vn habito de san Francisco. El sentimiento de Diana fue grande, viendose en estado tan diferente de sus intentos, y esperanças, porque siempre las auia tenido de ser esposa de don Felix: tantas eran las muestras de amor que miraua en el: mas cõsiderando que fuera mayor tormento viuir en brazos de vn hombre que no fuesse don Felix, empeçò a diuertir la memoria de los passados pensamientos, conformandose con su fortuna, y entregando la libertad a mejor esposo. Supolo don Felix, y sintiòlo de suerte, que fue mucho no hazer vn desatino con su madre, porq̃ le dixeron que ella sola era quien mas auia estoruado su gusto, y así muchas noches le acontecio ir al Monasterio, y como loco dar voces, pidiendo su esposa, sin consentir que aun sus mayores amigos le consolassen en tal perdida. Disculpa tenia



nía don Felix, que en llegando a ser verdadero el amor, ni puede alegrarse, ni divertirse: amava lo que perdía, milagro era que no muriese, y viviendo fuera que se consolase, si bien solamente podia soslegarle el desengano de su ignorancia, pues queria para muger propria a quien era su hermana, y su hija; pero quien podia auisarle de lo que Casandra, el cielo, y vna criada sabian? Ya se iua acercando la profesion de Diana, y dó Felix perdía el juyzio de ver quan poca se le daua de vivir sin él, porque Casandra (para quitarle la esperança) dezia, que Diana no solo le olvidaua; sino que estava arrepentida de auerle escuchado; mas lo cierto era, que sabiendo que casarse con don Felix era imposible, aya reducido el entendimiento a perseverar en la Religion. No creía don Felix a su madre, porque otras personas le dezian lo contrario; y así quisiera saber de su misma boca, si el estado que tenia era por eleccion suya, o si a caso las persuasiones de su madre la auian obligado a seguir aquél camino; porque muchas vezes la auia oido encarecer a ella misma su contraria voluntad en aquella materia; y así vna tarde que Casandra la embiaua cierto regalo tuuo ocasion de poner

vn papel en parte que era fuerça llegasse a sus manos, y estaua seguro de que nadie le viera, y esto con intencion de que por lo menos entendiesse Diana que su quexa era justa, pues sin mas causa que tenerla amor, la auia dexado. Halló el papel Diana, y pensando que era de su señora, le abrió, pero apenas leyó la firma, quando le hizo pedaços (que no es cordura refrescar la memoria, con lo que despues ha de dar pesadúbre.) Estauo suspensa vn gran rato, imaginando lo q̄ podia escriuirle vn hōbre que la auia querido, y que esperaua perderla tan presto; y si va a dezir verdad, la pesó de auerle rompido; y juntando turbada los diuididos pedaços, dio a cada vno su lugar, y luego leyó assi:

**D**E tus palabras siempre crehi, q̄ no me querias; pero de tus ojos nunca me pude persuadir a q̄ no me adorauas, y en esta parte pienso que son los testigos mas abonados; pero mintie con hermosa Diana, q̄ en fin son de muger, aunque son tuyos; perdoname si te hablo atreuido, y pues tengo razon, ni te disculpes, ni me castigues. T advierte, que no es mi intento impedir el estado que tienes, que gracias a Dios bien sé que es el mas seguro, aunque no el mas facil: lo que te  
quiere

quiero preguntar es, ſi mi madre con algun genero de violencia te ha perſuadido a que le ſigas ſin guſto tuyo; porque ſi es aſſi, hagote ſaber, que te ha de coſtar el obedecerla, viuir deſeſperada, y perder con la vida el alma, porque un eſtado a diſguſto, no ſuele tener otros fines: tiempo tienes Diana para boluer por tu libertad; y para que veas ſi mi amor es fingido, porque te amo, y porque tengo por cierto que viues aora contra tu voluntad, digo, que de ſde aqui prometo ſer tu eſpoſo, que para mi no he menester mas calidad que tu virtud y tu cara, que ſi me tienes amor, con eſto te he dicho harto.

Tu eſpoſo don Felix.

Admiróle a Diana la reſolucion de don Felix, y como el fuego de ſu amor, aunque eſtaua ſuſpellido, no eſtaua muerto, boluio a dar nuevo aliento a las calientes cenizas: en fin ſalio de cretado de ſu entendimiento, que era locura viuir deſcontenta toda la vida, por hazer el guſto de Cafandra: y pocos dias antes de la profeſſiõ, la rogó no ſe canſaſſe en fiestas, ni en preuenciones, porque ella no ſe hallaua con animo de perſeuerar en aquel eſtado, ſuera de que tenia marido que lo eſtoruaſſe: y en eſte tiempo vino don

Felix



Felix que ya estava auisado, y confirmó q̄ Diana era su esposa. Sacaronla luego del Monasterio, con lagrimas de todas, y aun con embidia de alguna, que se holgara de acompañarla. Quedó Casandra muerta, y llamandola en secreto, con determinacion de dezirla quien era, la rogó no la diese tanto pesar, que se casasse con don Felix, porque el dia que lo hiziera, seria el vltimo que la auia de ver, y que si queria casarse con otro, prometia favorecerla con tantas veras, que se espantasse el mundo de su liberalidad. Por cierto señora (replicó Diana) que no acabo de entender la causa que te obliga a sentir tan mal destas cosas, porque si (como tu dizes) me tienes tanto amor, pareceme que amar a vna persona, no es quitarla el bien que la promete el cielo, procurando escurecer su fortuna. Y si piensas q̄ obligas a tu hijo, estorquando su amor porque mi sangre no le iguala, es engaño conocido, porque quitarle el gusto, mas merece nōbre de tirania: mi calidad no puedo dezir q̄ es mas ni menos, pero ignoro los padres que tune, pero como suele vn hombre hazer hermoso el objeto que ama con la imaginacion, aunque no lo sea, así don Felix puede presumir que soy noble, pues no le

cuesta

cuesta mas q̄ en cōmédarlo a su p̄samiēto q̄ har  
ta nobleza me sobra, pues tuue fuerre para agrar-  
darle. Y si esto es verdad, de q̄ sirue ser tã cruel cō  
tu sãgre, y cōmigo, y q̄ siēdo tu quiē mas auia de  
alētarme, seas solamēte quiē me defanime?

Responderla quiso Casandra con el defen-  
gaño, pero la verguença y el temor la pusieron  
vn nudo a la garganta, que esto de llegar a qui-  
tarse vna muger el honor a si misma, es dificul-  
toso en su naturaleza. Mucho erraua Casandra  
en callar aquella verdad, que a todas horas la es-  
taua dando voces en el pecho, mas la estrañeza  
del delito la disculpa, y assi viendo resuelta a  
Diana de gozar por esposo al que era hermano,  
y padre suyo, bulcaua medios que estoruassen el  
amor de entrambos, y acordandose de vna se-  
ñora, a quien don Felix antes de amar a Diana  
auia querido, y aun se murmuraua que la deuia  
su honra, se fue a su casa y la dixo, que ella se a-  
uia informado de que su hijo la tenia obligacio-  
nes, que no podian satisfacerse menos que con  
ser su esposo, y que no era justo que se casase cō  
vna criada suya, cuyo nacimiento podia deslu-  
zir su sangre, teniendo tan antiguas deudas.

Con justa admiracion la escuchó Fulgencia,

(que

(que así se llamaua esta dama) y después de en-  
 carecer el fauor que la hazia, y dexar salir algu-  
 nos suspiros, que la ingratitud de don Felix te-  
 nia depositados en su pecho, la dixo: Deue de a-  
 auer ocho meses, que saliendo vna mañana de  
 Mayo con dos amigas y vna criada a curar el a-  
 chaque de vna opilacion, aunque mas cõ desseo  
 de ser vista, que con animo de tomar el azero,  
 me vio don Felix, y llegando a comprar vnos  
 ramilletes en Prouincia, donde todas las maña-  
 nas deste mes ay vn jardin portatil, segun él di-  
 xo, le pareci bien, pero engañaron me sus ojos, y  
 sus palabras. pues las obras me lo han dicho tan  
 a mi costa, y con despejo de soldado, si bien con  
 la cortesía que se deue tener con las mugeres, se  
 llegó a mi (o por mas hermosa, o por mas desdi-  
 chada) con los engaños y lisonjas que en seme-  
 jantes ocasiones dizen todos; no pude culparle  
 de atreuido, porque quando las mugeres van dã-  
 do ocasion, no es mucho que pierdan respeto a  
 su decoro. Seguiome toda la mañana, galan y  
 cortesano, encareciendo con mentiras y amores  
 (que en mi opinion todo es vno) el q̄ me tenia,  
 hasta que me dexó en mi calle; apenas al siguiẽ-  
 te dia el amante de Dfane esparzia sus rayos,  
 quando



quando vi a don Felix que estava a la puerta de mi casa aguardandome. Sali con mas cuydado assi en el vestido, como en la cara, pareciédome que ya tenia quien me mirasse con alguna atencion. Lleuaua vn faldellin de damasco verde, con pretinillas de lo mismo, sombrero de color con plumas, pies pequeños con çapatos de ambar, y sobre todo poco iuyzio. Porfió don Felix, y en efeto lo que resultó sus, q̄ enternecida a sus ruegos, confiada en sus palabras, y lo que mas es, perdida por su talle, le hize dueño de mi honor: tan poderoso es el amor de vna muger, el engaño de vn hombre, y la ocasion de entrámbos. Prometio ser mi esposo, si bien no es bastante disculpa para mi yerro, que no le tiene vna muger que se fia de quien con la fuerça del deseo promete lo que suele negar arrepentido. Bien lo tengo experimentado, pues apenas me gozó, quando hallé el desengaño de essa verdad, porque luego empeçó a desconfydarle tanto conmigo, que se passauan muchos dias sin que le viesse. Lo que entonces senti, y lo q̄ lloré, no lo digo, porque ni sé, ni puedo: supe que la causa de olvidarme era por amar cō estremo a vna criada suya, q̄ sin duda deve de ser essa misma. Vime

burlada y aborrecida, dos agrauios para vna mu-  
 ger de bien, los mayores q̄ puede vsar la traicion  
 de los hombres. Procuré hablarle por saber la  
 ocasion que le obligaua a semejante ingratitude,  
 mas no lo pudieron alcanzar mis ruegos, ni mis  
 lagrimas, que los hombres, en viendose culpa-  
 dos, por no satisfacer, no escuchan: y así me o-  
 bligó a dezir mis quejas a vn papel, y mi liuiã-  
 dad a vna amiga, para que le riñesse sus sinrazo-  
 nes. Pero la respuesta fue de suerte, que aun aora  
 la temo. Ay señora mia, si vna muger quando  
 auentura su opinion se acordara del pago q̄ han-  
 dado a otras, que cierto seria que huiera menos  
 burladas en el mundo. Lo que me respondió,  
 fue, que quando dixo que me tenia amor, estaua  
 empleado en Diana, y que por despícarle de sus  
 desdenes, y parecerle que yo recebia con gusto  
 su voluntad, auia proseguido en desvanecirme,  
 y así procurasse olvidar los pensamientos (si te-  
 nia algunos) de ser suya, porque era imposible,  
 y de pretenderlo solo podia seguirse tenerle me-  
 nos obligado, y hazer mas publica mi deshonra.  
 Bien me podeys creer, que quando pasé los ojos  
 por estas razones, quisiere tenerle delante para  
 hazerle pedaços, y satisfacer con su sangre mi  
 justa

justa vengança: mas viendo que si ponía en manos de la justicia la mucha que tenía, era quedar con eterna infamia, porque él atía de salir con vitoria de todo por tener hazienda, que le solicitasse las sentencias, me determiné a callar mi agratio. Esto es señora lo que me deve don Felix, mirad vos si tengo causa bastante para ser fuya, y para que xarme miétras viviere de su trato, y de mi desdicha.

Grande fue el contento que recibió Casandra con la historia de Fulgencia, por auer hallado ocasion tan fuerte para diuidir a Diana, y a don Felix; y así despues de consolar a la triste, y afligida dama, habló a sus padres, y les contó la traicion de su hijo, disculpando en todo a Fulgencia, y prometiendoles que auia de ser su esposo, aunque le pesasse; porque quien podia hazer dudoso el pleyto, era ella, gastando dos mil escudos para librar a su hijo, pero que estaua de tan diferente parecer, que si fuera necesario juraria contra don Felix. De manera, que por qualquier camino estaria el pleyto seguro, pues lo mas que el podia hazer, si la aborrecia era casarse, y dexar luego o España, y esso importaua poco, pues en quanto a su honra ya la cobraua con



ser su marido, y en lo demas ella tenia seys mil  
 ducados cada año con que podia auer modera-  
 damente para todos. Sintieron los padres de Ful-  
 gencia su diuidad, mas viendo lo que Casádra  
 les prometia, disimularon cuerdamente, y sin  
 dilatarlo mas, hizieron informacion con todo  
 secreto. Ya Diana esperanz por puntos a don  
 Felix, que mas enamorado cada dia de sus her-  
 mosos ojos iua abreuiando su desposorio, y el pa-  
 dre de Fulgencia, pensando que con buenas pa-  
 labras pudiera reducirle a lo que despues auia de  
 hazer forçado, se llegó a hablarle y le refirió to-  
 do lo que passaua mas respòdióle don Felix cá-  
 colerico y libre, que le obligó a sacar vn man-  
 damiento para prenderle, y hazer que moderas-  
 se en la carcel los brios que auia cobrado en la  
 soldadesca. No faltó quien auisasse a don Felix  
 del riesgo que tenia si le prendiessen, porque su  
 madre era quien mas le perseguia; y rezelandose  
 de alguna violencia, se llegó a Diana, y dizien-  
 dola, que por quererla tanto era forçoso estar al-  
 gunos dias sin verla, se despidio de sus ojos, y de  
 sus brazos. Confusa quedó Diana, escuchando  
 nouedad tan grande: mas quando vio que la ju-  
 sticia hazia diligencia para buscarle, no podia  
 enten-

entender lo que encerraua aquella enigma, y aunque la dixerón la causa, no quiso creerla, porque del amor de don Felix le parecia imposible que huuiesse mirado otros ojos; pero quando aduirtió que se ponía el pleyto, que don Felix faltaua, y que Fulgencia dezía que era su marido, porque las obligaciones que la tenia eran de tal peso, que no podian passar sin paga; creyólo de fuerte, que con sus propias manos quiso poner fin a su vida. Ay ingrato, dezía, bañandose en su mismo aljofar, este es el amor con que me esperauas? Muy bien has pagado mi voluntad, pues sabe Dios que no te lo he merecido, pero sin duda es vengança del cielo, que quien dexò de ser esposa suya por estimarte, bien merece qualquier castigo. Nunca pensé traydor, que en los hombres principales auia baxezas, pero engañeme, porque en fin son hombres; y si esto hazen con nosotras, como nos infaman, murmurando de nuestras costumbres, y de nuestra naturaleza? Vna cosa solamente me ha de seruir de conuelo, y es, que ninguno ha de engañarme segunda vez, porque si don Felix quando está mas fino, y quando haze tantos generos de locuras, tiene aquesto encubierto, que puede espe-

rarse de los demas? Parece me, que si él estu-  
 ra aqui, me respondiera, que no por gozar vn  
 hombre de otros brazos, dexa de amar al dueño  
 principal. Pero dixerale yo que mentia, q̄ qué  
 ama de veras, no ha de tener animo para mirar  
 otros ojos, aunque sea de burlas, porque la volū-  
 tad quando es verdadera, no puede passar por se-  
 mejantes trayciones. Confieso, q̄ he tenido mu-  
 cha culpa en auerte tenido, pero porque no te a-  
 uia de creer mil vezes, viendote intentar por tu  
 loco amor, no finezas, sino desatinos? Ha tray-  
 dor don Felix, si como te di lugar en el alma, cō-  
 sintiera en otros desleos, buena quedara mi ho-  
 nestidad, pues ya eras ayeno. Quien duda que  
 en qualquiera parte te te alabaras de auer enga-  
 ñado, y vencido el recato de dos mugeres, princi-  
 pales? pues engañô: tu presuncion, que aunque  
 te quiero mas que Fulgenci, no por esso me ol-  
 uido de mi honor; que amar a vn hombre, y ser-  
 uirle hasta perder la vida, es cosa justa, y mas si  
 se llama esposo, o lo solicita; pero auenturar la  
 honra antes que lo sea por cumplir sus locos an-  
 copos, no ay voluntad q̄ lo niãde, ni lo aconseje.

Assi se quexaua la hermosa Diana, pidiendo  
 al cielo que antes que le viesse en poder de Ful-



gencia, a ella, o a él les quitasse la vida. Passaróse muchos dias sin tener nueuas de don Felix, el pleyto estava tan bien solicitado, que solo le aguardauan para concluyrse; Casandra viuia cófusa, y Fulgencia con esperanças de cobrar el honor perdido; mas a todas sacó de duda vna carta que desde san Lucar escriuio don Felix a su madre, que dezia:

**P**ves en v. m. no he tenido madre que me ampare, sino enemigo que me persiga, tenga por cierto, q̄ no me verò sus ojos en España: mañana me embarco cō intento de llegar a Lima, q̄ aun en el otro mundo no se si estarè segura de sus crueldades. La razon que me obliga, es solamēse huyr de quien aborrezco, porq̄ me parece menos peligroso el mar, que vn casamiento a disgusto. Y si a caso v. m. se huuiere cansado de ser tirana conmigo, digale a Diana que siempre me deue vna misma voluntad, y si vale el ruego de vn ausente, la suplico no dispoga de la suya, porq̄ aun no he perdido las esperanças de gozarla. De San lucar, &c.

Mucho dio que dudar, y que sentir esta carta, y mas a Fulgencia, que viendose sin gusto, y sin honra, murmurada de sus deudos, y martiri-

zada de sus padres, que a todas horas la acusa-  
uan de facil y liviana, se resolvió a huyr de todos  
en el sagrado de vn Conuento, donde estubo el  
primer año tan contenta, y favorecida del cielo,  
que casi tuuo a ventura su yerro, por auer sido  
causa de hallar estado tan libre de las desdichas  
que suelen sobrar en el siglo, y en efeto oluida-  
da de don Felix hizo su profesion, y dio gracias  
al cielo de lo que la auia alūbrado el alma, quan-  
do estaua mas agena de remedio, y de gusto. Bié  
diferente lo passaua Diana, porque sin poder bor-  
rar de la memoria a don Felix, y auer año y me-  
dio que no le via le lloraua como si se acabasse  
de ausentar. Y lo que mas la ofendia, era ver a  
su sñora que la perseguia, porque eligiesse esta-  
do, cosa que era imposible viuiendo don Felix,  
y estando ya sin el estoruo de Fulgencia. Ofre-  
ciósele en este tiempo a Casandra hazer vna au-  
sécia de Madrid por quinze dias, y mirado a Dia-  
na con tan poco gusto, no se atreuió a dezirle q̄  
la acompañasse, por saber lo que auia de respon-  
der; solo la mandò, que en tanto que estaua au-  
sente pensasse lo que auia de hazer de su vida,  
porque ya estaua cansada de los importunos  
ruegos de sus amantes, y si a la buelta no la ha-  
llaua

llaua determinada, podia hazer cuenta que no la conocia. Fuese con esto, y quedó Diana affigida, de ver que era forçoso ser ingrata a lo mucho que deuia a su señora; y estando vna tarde llorando su fortuna, y la ausencia de dō Felix, llegó a ella vn hombre, diziendo, q̄ la traía vn recaudo de cierta amiga suya; y asegurandose primero de que era Diana, la dixo, que en vn lugar de las Indias estuuó con vn Cavallero, el qual sabiendo que venia a España, le auia rogado la diese en secreto aquel pliego. Turbada entonces Diana, leyó el sobrescrito, y conociendo que la letra era de su ausente dueño, le respondió antes de abrirlo.

Bien pienso que me aureys visto en los ojos el alma, y así me puedo escusar de encarecer el gusto que he recebido; mas porque no quisiera q̄ la gente de mi casa sospechara algo, no me detengo con vos, y porque el desseo de saber lo q̄ me escriuē don Felix, no me consente mas cortesía. Harto tengo que deziros acerca de su ausencia (replicó el criado) y así mirad en que ocasión pueda hablaros con menos testigos. De dia será imposible (dixo Diana) porque tengo muchos fiscales, que no lleuan bien qualquiera cosa



cosa de don Felix en tocando a esta voluntad, pero si no os cansays de hazerme merced, venid esta noche, y por esta rexa baxa podremos hablar mas segutos, y os pagaré el porte de la carta. Despidieronse con este concierto, y Diana loca con la nueva alegria se retirô a su quarto, y mas lo estuuvo quando leyó la carta, porque toda venia llena de humildades y lastimas, encareciendo la triste vida que passaua sin su hermosura: pero q̄ tenia confiança de que antes de muchos dias auia de verse en sus braços, y que el mensagero la daria cuenta de su determinacion. En tanto que Diana solentizaua su dicha, se llegó la noche, y la hora en que auia de saber los varios successos de don Felix. Baxó a la rexa, y vio junto a ella vn hombre solo, que en sintiendo ruydo, y conociendo que era Diana, la dixo, que por lo menos no podia acusarle de perezoso, porque auia mas de dos horas que la esperaua. Yo os prometo (respondio ella) que tampoco ha sido descuydo mio, sino aduertencia de aguardar a que toda la gente de mi casa se recoja para poder hablar cō menos miedo. Sin él no estaré yo (replicô algo turbado el hombre) porque los galanes que cōquistan estas paredes son tantos, que si es confies

so verdad, mas temor he tenido en el poco tiempo que he passeado esta calle, que en algunos años que me ha visto Milan a los ojos de los enemigos. Y assi os quisiera suplicar, (si vuestro amor lo consiente) se dilate para otro dia esta conversacion, pues estoy, como digo, con algun rezelo por estar solo, y no con bastantes armas para defenderme.

No se yo (respondio Diana) la ocasion que pueden auer dado mis ojos a nadie, para q̄ mire atreuidamente estas rejas, porque os puedo assegurar, que despues que se ausentò don Felix, aùn no he tenido animo de preguntar a vn espejo por mi hermosura, que en faltandole a vna muger el gusto, ni se acuerda de la cara, ni otros accidentes. Las pesadumbres, los zelos, y las ansias cõ que me dexó, fueron de manera que fino es oy, no puedo dezir que he tenido vna hora de gusto. Esto os he dicho, porque si alguno le desvaneece, no imagineys que soy parte en su locura, porque las muger s principales, quando se empeñan en amar a vn hombre, no es para diuertirse a otros delvelos. Pero bolviendo a vuestro temor, digo, que ni quiero que vos esseis con esse disgusto, ni yo he de poder passar esta noche

sin hablar en don Felix, Y assi me parece, q̄ en viendo que no passa gente llegareys a esta primera puerta, abriendo con esta llave, y yo os estaré aguardando, para que cō mas seguridad podays hasta que llegue el dia hazerme el favor q̄ dezis: hizolo assi, y recibiole Diana con grandes muestras de alegria, y apenas estuuo dentro, quãdo vio que el hombre que traía consigo, era don Felix, el qual abraçandose della estuuo vn gran rato sin poder hablar. Boluio a mirarle Diana, y quedó tan suspensa, que casi le abraçaua con miedo, pensando que era alguna ilusion de su fantasia, que suele con las especies que conserua de las cosas vistas proponer a los ojos vna forma semejante a lo que se desea: y don Felix por no tenerla turbada dixo:

Despues que supe, Diana, la resolucion de Fulgencia, por aquella passada trauesura, no quise esperar los rigores de la justicia, y mas sabiendo lo mucho que favorecen las leyes el honor de qualquiera muger, y estando en la casa de vn amigo con animo de ausentarme, le parecio a él y a mi, que era mejor medio quedarme en Madrid, hasta ver el fin que tenian estas cosas, determinandome primero a no salir de vna sala



en todo este tiempo, y para que desconfiada de ser mia, dispusiesse Fulgencia de su voluntad, escribi aquella carta, fingiendo que estaua en Sanlúcar. Supe despues que Fulgencia era religiosa, y que auia professado, con que seguro de mis temores, me prometí la cierta possession de tu diuina hermosura, y quando estaua ya dispuesto para venir publicamente a mi casa, me dixerón que se ausentaua mi madre por algunos dias, y porque no pudiesse impedir (como otras vezes) nuestros amores, aguardé a que se fuesse; luego te embié la carta que ayer recibiste, y despues ha sucedido lo que has visto. Esta es, hermosa Diana, la breue relacion de mi historia, que no puedo llamar ausencia, pues siempre he tenido el mismo lugar en memoria. Yo te adoro por tu virtud y firmeza, y estoy dispuesto a cumplir la palabra que con tanta razon te deuo, pues por lo menos aora, ni Casandra lo puede estoruar, ni ay otra Fulgencia que lo impida.

Per bien empleados dio la hermosa Diana quantos trabajos auia padecido, viendo que parauan en tanto gusto, y dixo a don Felix, que ya estaua satisfecha de su voluntad, y que assi procurasse antes que viniesse su señora, traerlo de modo,

modo, que no pudiera deshazerlo (su diligencia) pero aduirtiesse q̄ primero auia de ser su esposo, para no auenturarse con peligro de su honestidad, porque en siendo de otra fuerte, la auia de perdonar, y como don Felix la amaua para propia, estimó por fauor aquella honesta resistēcia, y la rogó que le esperasse, y veria con quanta facilidad la asseguraua; fue luego en casa de su amigo, y con el y vn criado, y el Cura de la misma parroquia, bolujo donde estaua Diana, y en desposandolos se despidieron, quedando Diana tan contenta de lo que auia sucedido, como vergonçosa de lo que le esperaba (que aunque en las cosas que se descan, tiene su lugar el recato.) vino la descaudada Casandra, y hallando tan impensadamente a don Felix, que ya se llamaua esposo de Diana, y cogiendo lo que podia auer pasado entre dos que se amauan, y no tenian quien los estoruaſse, se quedó distante, y por no hazerse sospechosos con sus hijos, acreditó la prudente elección de entrambos; pero quando se via sol, considerando que ella tenia la culpa de aquel suceso, se deshazia en vn perpetuo llanto, y se bolua loca, viendo q̄ cō la licēcia de recién casados estauan juntos a todas horas. Dos años vi-

bio Casandra con eternas lagrimas, y profunda tristeza, hasta que la muerte la atajó este sentimiento, porque vna enfermedad aunque de poca consideración. bastó a quitarle la vida, que no ha menester mucha causa quien viue muriendo. Lloró don Felix la muerte de su madre, y mas lo que por su ocasion le quedó, que padecer, pues fue la mayor desgracia que le pudo suceder a vn hombre que tenia tanto amor, tanto gusto, y tantas obligaciones; porque quando ya Casandra estaua peleando con la muerte, o mal a consejada de la persona con quien comunicó este caso, o pensando que acertaua, le llamó, y dio vn papel, diziendo: Hijo, si a caso este nombre basta a enternecerte, te ruego, que hasta que yo aya passado de esta triste vida, y tenga mui cuerpo aquel breue sepulcro que ha de aposentar a tantos. no le leas, y despues le mires con atencion, y aduertias, que solamente lo que en él te digo, me ha puesto en el estado que ves, y echándole mil vezes su bendicion, se boluio a vn Crucifixo, y haziendo los ojos, y el coraçon lo que ya no podia la lengua, se despidio el alma de los humanos lazos con admiracion y lastima de los presentes. Hizolo assi don Felix, y despues de

auer



quer cumplido con las exequias y honras vltimas, se recogio a su aposento, y abriendo el papel, vio que con mal formadas letras, dezia:

**D**on Felix, yo te doyl licencia, que quando leyeres estos renglones, me rēgas por la muger mas desdichada, y mas infame que ha auido y nacido en el mundo; y porque creas mejor esta verdad, (que no estoy en tiempo para no dezirla) has de saber que yo naci con tan mala inclinacion, que quanto miraua me parecia bien: y en efeto fui tan loca, liuitana, y descompuesta, que vencida de vn lasciuo pensamiento, puse los ojos en tu persona: y sabiendo q̄ como moço mirauas bien entonces a vna criada mia, que llamauan Lisena, tracē con ella, que yo te aguardasse en su lugar, para que me gozasses con aquel engaño; pero fue tan desgraciadamente, que luego me senti preñada, cosa que me obligó a embiarte fuera de España, y que yo me ausentasse de Madrid, en tanto que salia a luz Diana, que es la que tienes en possession de tu esposa, siendo tu hija por auerla engēdrado, y tu hermana por ser hija mia, y esta fue la causa porque en tantas oraciones estoruē tu amor; pero en fin pudo mas mi desdicha, q̄ tu desseo. Esto te he dicho, por q̄ dēs ordē de buscar el remedio q̄ mas importe a la seguridad de tu alma, y no quieras viuir como barbaro, ofendiendo al cielo, y a la naturaleza.

Leydo

Leydo el papel quedò el affigido don Felix qual puede considerar aquel que sentimiento tiene, boluio en si, y advertiendo que se hallaua en la mayor confusion que jamas se auia oydo, como era jouen de claro entendimiento, pensò en su remedio, acudiendo a hombres doctos, los quales le dierò el cõsejo que conuenia para su quietud: el qual siguiò los años que Dios le dio de vida con segura, y sana conciencia.

Fin de la Nouela quarta.

# LA VILLANA DE PINTO.

AL DOTOR DON GVTIERRE  
Marques de Careaga, Corregidor de  
Alcalà d. Henares.



Vando me puse a escribir estas Nouelas, no auia visto en Francisco Petrarca el Dialogo sesenta y quatro, donde tratando de los que con poca experiencia y estudio dan sus obras a la Imprenta, dice: Omnes sibi vsurpant scribendi officium, quod paucorum est. Bien se que me atreuo a mucho, y que alguno me pagará el deseo de entretenerle con inuimuraciones, y

Satiras, que son las injurias del entendimiento: con razon injurias, pues por esso lo son, segun Vlpiano, quoniam sine iure fiunt. Desayre, y aun poca nobleza parece ofender a quien desea acertar, y mas quando no yerra en todo. Verdad es, que algunos, lo merecen porque tienen a los demas tan ofendidos su lengua, y presuncion que solo se espera que tomen la pluma para marginarles sus escritos. Estos no pueden tener queixa, porque a los agrauados no corresponden encomios, consejo es de Seneca: Si vis amari, ama. Yo tengo muy gran consuelo en saber que hablo de todos con tanta modestia, que nunca he llegado a presumir que complota con el menor; a todos alabo, estimo y reuencio, plegue a Dios que me valga. Esta Nouela escriui estando en la villa de Alcalá de Henares, donde vuestra merced es Licurgo y Apolo, gouernandola con tanta cordura y acierto, q̄ en profecía lloran su ausencia los q̄ merecen comunicarle justo afecto a su sangre, virtud y letras.) Quando quisiere v. m. mal lograr algun rato, puede pasarla, siquiera porque ha querido valerse de su auaridad, no sin misterio, pues con tal asylo tendrá por el dueño lo que desmerece por el padre. Guarde Dios a v. m. largos años.

Su aficionado de v. m.

El Licenciado Iuan Perez de Montaluan.

NO;





# NOVELA QUINTA.



**V**ESTIDO estaua el cielo de diuer-  
 sos diamantes, y el hermoso plane-  
 ta que es lisója de la noche, y tiene  
 segundo lugar en las esferas, se mo-  
 straua tan liberal de rayos, que pa-  
 recia que el Sol no le auia despedido, o que em-  
 peçaua otro; la noche estaua en braços de su sos-  
 iego, y el dia daua lugar a que heredasse su pre-  
 sencia el que le seguia en la suceccion, siendo Fe-  
 nix de breues horas, quando Albanio dexando  
 vn pequeño rebaño de ganado que apacentaua  
 a los regatos de la hierua, se quexaua tierna mé-  
 te de su corta dicha, rogando a los piadosos cie-  
 los le quitassen vn amor justo que tenia, o le  
 diessen exercicio mas a proposito para poderle  
 gozar. Amaua a vn pastora que le dio el cielo

por compañera, viase lexos de sus brâços amante de sus ojos, y ausente de su hermosura, que el amor tambien visita los campos, y suele vivir entre las peñas. Sentióse junto a la orilla de vn arroyuelo, que con pies de plata yua por margenes de rosas pisando arenas de oro, siendo vida de vnos pequeños arboles, que en confianza de su corriente pensauan ser gigantes a pocas primavera. Diuirtiose con las imagines de su gloria, que el pensamiento es vn hechizo para quien quiere bien, y no vé lo que quiere; y estando entretenido con las hermosas flores y trauessos cristales, sintio no muy lexos de dode estaua vna voz, que con lassimas y suspiros llamaua la muerte, y enamoraua los ayres: pufose Albanio en pie, y enternecióle el alma, que no tenia tan rustico el pecho que huyesse la cara, a la piedad, ni era de tan humilde coraçon, que se consintiesse rendir al miedo; era alentado, aunq̃ pastor, y compasiuo, aunque villano. Y empecando a discurrir por la margen de aquella sucesiua plata, se acercó a la parte en que le parecia que estaua el dueño de aquellas ansias. Llegó a vna pequeña isleta, tan coronada de espessos arboles, que apenas en su distrito tenia jurisdicció

el día, y entrando por el apazible bosque, vio vna dama de gallarda presencia, que desmayada con los dolores de vn rezioparto, casi se iba olvidando de su propia vida. Acercóse a ella, y viola sin mas compañía que el infinito numero de sus congoxas, y el lado de vn Angel, que poco antes auia tenido lugar en sus entrañas, y ya gozaua de menos abrigo entre las esmeraldas de la yerua. Tomóle en los braços dandole algun color con su pobre capa, porque los agranios de la noche no se atreuiessen a su tierna vida, y acudiendo a la casi difunta madre, la despertó de la breue muerte, preguntandola quien era, y animandola con las razones que le auia enseñado vna discreta piedad, y vna Christiana cortesía. Reparó la dama en el caritativo pastor, y atribuyó a clemencia del cielo auerle embiado en aquella ocasion, y esforçandose quanto pudo, le rogó que la acompañasse hasta dexarla donde auia salido. Hizolo así Albanio, y ella agradecida a su piedad, le dixo, en la distancia del camino, desta suerte.

Yo soy vna muger que me puedo calificar de hermosa, si a caso es cierto que las desdichas acompañan a la bellezas; nací de nobles padres,



aunque demasiadamente crueles conmigo, por-  
que desde mis tiernos años se determinaron de  
ofrecerme a la Religion, consultando este pen-  
samiento, no con mi inclinacion, sino con mi  
obediencia, diziendo, q̄ no ha de auer en el gu-  
sto de los hijos mas eleccion que el aluedrio de  
sus padres; y la razon no fuera de fatino, si el cie-  
lo atendiera a estas leyes, y las voluntades tuie-  
ran vna misma calidad, pues aunque se forman  
en vna turquesa, suelen inclinarse a diferentes  
fines; yo naci con otra estrella, y aunque lo intē-  
té, jamas pude alcanzar de mi voluntad, que se  
dexase sacrificar al desseo de mis padres. No a-  
prouechaua con ellos la disculpa de mi contra-  
rio pensamiento, pareciendoles que en defen-  
derme los ofendia, y aun enojaua a Dios, pues  
lleuaua tan mal los consejos de ser su esposa: a-  
tribuyeron a liuidad mi resistencia, y resoluie-  
ronse en no darme estado alguno cō gusto mio,  
pues tan poco les obedecia en el suyo, Passauase  
con estas discordias la loçania de mi iuuentud,  
sin deuerles la menor memoria de lograrla, y er-  
rauan verdaderamente, pues no aduertian que  
estamos en tiempo que las mugeres apenas lo  
son, quando se casan ellas: viame desesperada,

por-

porque esto sucedia en tiempo q̄ ya yo auia empleado los ojos en vn Cauallero q̄ merecia por su persona qualquiera estimac̄i, y la que yo hazia de sus prendas, passaua de amor a locura (que las flaquezas tambien se atreuen a mugeres principales, porque el alma no puede escusarse de las passiones c̄munes.) Era mi amante callado en sus intentos, prudente en sus determinaciones, afable con todos, enamorado con migo, y galan sin preciar se de ferlo, y discreto sin auer nacido desgraciado, ó pobre: tenia ocasion bastante para verme a todas horas, porque de dia estaua enfrente de mi casa, y de noche dentro della. Crecio la voluntad, porque crecio la comunicac̄i (que es peligroso en la muger mas recatada estar siempre con quien la adora, o por lo menos se lo dize.) Viame perseguida de mis padres, y rogada de quien yo queria; en las manos estaua qualquier liuradad, si lo es hazer a vn hombre absoluto dueño de mi honra con seguridad de ser mi esposo; gozô me vna noche, quedando yo con mas amor; y el con mayores obligaciones. Su padre era natural de Salamanca, ciudad insigne, madre de las ciencias, y honra y gloria de Castilla; queriale casar con vna deuda suya, que los

padres no tienen por casamiento acertado el q̄ no se determina con su consejo ; mi esposo los entretenia con palabras, y por mi ocasion dilataua su partida. Sucedio pues, q̄ a mi padre por los muchas letras y continuos estudios, le dio su Magestad vna plaza en Granada, que fuera de la Corte es de los mejores premios. Tuuo a dicha suerte la mejoría de estado; y empeçó a tratar de su ausencia, quando mi esposo no se podia resolver a efetuar lo mismo que deseaua por auer venido su padre a solicitar su partida, y tratar juntamente el casamiento con aquella dama q̄ la auia escrito tantas vezes: yo tampoco me atreuia, porque los míos eran de tan terrible condicion, y escuchauan tan mal las cosas mias, y mas enderaçadas a casamiento, que fuera muy posible, quitarme la vida; si supiesen que disponia de mi voluntad, menos que con vn habito, y vna celda. Y lo que mas me affigia era, el verme con algunas señales de preñada, lloré mi poca ventura, tanto que en mil ocasiones quise matarme, y pienso que lo huiera hecho, a no mirar que peligrava con mi vida la de mi esposo, que me adoraua, y la de esse Angel, que apenas conozco, aunque me cuesta infinitos dolores.

Entre-



Entretuue la partida quanto me fue possible, fingiendome enferma de otros achaques de mugeres, contando al medico la verdad, para que ayudasse mi fingimiento, y pudiesse disimular en la cama lo que no seria tan facil encubrir de otra manera; pero mi padre que se desvelaua poco en mi regalo, y le afligia menos mi falta de salud, informandose de mi cara, no de mis pulsos, y pareciendole que mi achaque mas era de melindre de dama, que disposicion de enferma, ordenó su viage, y sin darme mas lugar para despedirme de mi dueño, que la breuedad de vn papel, en el qual mas a fuerça de lagrimas, que de razones, encareci mi desgracia, mi triste ausencia, mi cotta dicha, y los peligros que me aguardauan; hizo de modo, que oya a medio día salimos de la Corte, dexando en ella no menos que la libertad y el gusto. Despedime de mi amante con los ojos, y harto le dixi, sin equiso entender, con ellos. Llegames esta noche a Pinto, que aunque no es derecho camino para nuestro viage, fue forçoso para la disposicion de vn pedaço de hazienda que en él tene mos; y apenas los de mi casa se auian vencido del primer reposo, quando senti algunos dolores que me parecien

cieron menos de lo que eran, por tener otros q̄ me afligian el alma; pero crecieron de manera, que conoci declaradamente que eran premisas ciertas de mi parto, y dexando a vna criada que sabia mis flaquezas en mi cama, por si a caso del pertauan mis padres, sola, turbada, y animosa remiti mis congoxas al campo, y en este aposento de flores, que sin duda le hizo el cielo tã oculto porque estuuiesse mas callado mi delito, sin mas ayuda que la de vn arbol, y sin mas descãso que mis suspiros, animandome la necesidad, he dado embuelto en purpura esse parto de mis entrañas, y estando a tiempo que la mucha falta de sangre me tenia casi entre los braços de la muerte, llegaste piadoso, y compãsiuo para remedio de dos vidas, y lo que mas es, para q̄ con tu ãparo pueda encubrir la falta de mi hõra, boluendome a la parte dõde sali, si a caso me diere lugar las pocas fuerças de mi animo, para q̄ ya q̄ me quitẽ la vida mis desdichas, no sea con infamia de mi opiniõ, y menoscabo demi decoro.

Todo esto escuchaua Albanio tan enternecido como la misma, que lo dezia, porque desdichas, lagrimas, y muger pondran piedad hasta en las mismas piedras, y preguntandole la dama

damà su nombre, y donde residia, sacó vn bolsillo con algunos escudos, y se los dio, diciendo hiziesse criar aquella hermosa prenda, que tendria cuydado de auisarle a su ausente esposo, para que acudiesse con puntualidad a satisfacer el presente fauor, y la criança de aquel Angel. Prometio obedecerla con infinito cuydado, y dexandola en la parte que por las señas dezia, era su casa, se despidio admirado del peregrino suceso, y particularmente del gran valor que auia tenido sola, y en tan conocido peligro; pero que no harà vna muger, porque no se entiendan sus flaquezas? Que impossibles, no intentará, porq̄ viua encubierta su deshonra? Llegó el pastor a su pobre casa, y refiriendo a su esposa lo que auia sucedido diera materia para algunos maliciosos zelos, sino la desengañara el oro que traia, que en todas ocasiones es el credito que tiene mas jurisdiccion en los oídos, y acordándose de que vna vezina suya auia parido pocos dias antes tã desgraciadamente, que apenas vn hijo que le dio el cielo pisó los vmbrales de la vida, quando acrecentò el numero a los Angeles, fueron al punto para que intentasse criar la belleza de vna niña, que pudiera el cielo codiciarla por Serafin en la



Innocencia y hermosura, y dexádola en sus brazos, trataron al siguiente dia de comprar las cosas necessarias para el adorno forçoso de su limpieza. Ya su padre en este tiempo, viendo que faltava de sus ojos su adorado dueño, auia dado la buelta a Salamanca, y sabiendo por cartas ciertas el suceso de aquella noche, escriuió a Albanio, embiandole bastante agradecimiento de su diligencia, y aunque por vna desgracia q̄ en ella le sucedio, le fue forçoso passar a Italia, dexò primero a cargo de vn amigo el cuydado desta obligacion, el qual lo hazia tan liberalmēte, que en pocos años se alló Albanio contento y rico, gozando vna vida descansada. Creció Silinia, que asì se llamaua la disfraçada labradora, y apenas tenia cumplida la necessaria edad para poder vsar del matrimonio, quando los que valian mas en el lugar la amauan, y obligauan para muger propia. Era tan blanca, que la nieue perdia delante de su cara la opinion que auia cobrado en la region del ayre; los cabellos pudierā serlo del Sol, y acercauanfa tanto a la tierra, que parecia como eran oro, que querian boluerse otra vez a su centro; tenia los ojos alegres, aunque negros, tan señores en lo que mirauan, q̄ pocas

vêzes pagaron lo que deuián; las mexillas no consentian artificio, porque con naturales rosas se mezclaua graciosamente el alabaastro con la purpura, y la plata con los clauales, la boca era vna pequeña herida que remataua con hermosa sangre el animado cristal donde estaua hecha, las manos eran dos aguzenas viuas, que dexarô de ser nieue; porque no se les atreuiesse el Sol en nada. Era de condicion agradable y llana, si biẽ tenia vnos pensamientos tan hijos de su nobleza, que se espantaua de verse con alma tan cortesana, teniendo engaste tã humilde. Pareciale bien la bizarría de muchos Canalleros que passauan de camino, no por diuidad, sino porque la dezia el coraçon, aunque confusamente, fu illustre nacimiento (que tambien con la sangre suelen heredar se las inclinaciones.) Y estando vna tarde de Verano, dexandose gozar del fresco viento, que para llevar olor a las flores se favorecia de su boca, acertô a passar vn Caballero de Madrid, llamado don Diego Osorio, en cõpañia de amigos y criados, y mirô aquella deidad, que aunque guarnacida de paredes toscas, daua lugar al entendimiento para que reparasse en sus diuinos rayos: passó adelante, y aunque

mil

mil vézès quiso boluerse, se resistio, pareciédole poco valor rédirse a vna villana, como si el diamante perdiesse de su precio, porque estuuiesse guarnecido en plomo, o cercado de piedras falsas. Vencio en fin por entonces aquel deseo, que era finera de la voluntad, y llegó a Aranjuez, donde negoció lo que pretendia con mas brevedad que imaginaua, por boluerse a Madrid, o quedar se en Pinto (que alli está la corte para vn hombre donde está su gusto:) fue a ver a Siluia para que juzgassen sus amigos si tenia disculpa, informaronse de vn labrador honrado, q̄ se tuuo por dichofo en seruirlos, y sabiendo q̄ estaua entretenida en vna huerta cō otras amigas suyas, fueron todos a verla. Salio Siluia quando el Sol cō vna noche de demasiado obscura auia desamparado el dia: saludola don Diego cō el respeto devido a su recato, y viendo que la noche animaua su cortedad, se atreuió a dezirla alguna parte de su cuitudado; pero aunque a Siluia no le desagruan las personas de su porte, no quiso dar ocaliõ, respondiendole, a parecer fino liviana; por lo menos bachillera, que en auiendo desigualdad, la conuenfacion parece descompostura, porque no ay intento que la disculpe, ni fin honesto que



la acredite. Fuele sin boluer los ojos, por cumplir con su recato, y no dar vègança a muchas, que como conocian su demasiada tibieza, quisiera que resvalara en algo, para que no fuesse mas señora de su voluntad, que todas ellas. Quedó don Diego por vna parte contento de auer visto lo que deseaua, y por otra desconfiado de su fortuna; mas advirtiendo en que aquel disfauor no seria desprecio de su persona, sino estimació de su verguença, se determinò a prouar si con menos testigos se mostraua mas piadosa, y en la mitad de la noche con los instrumentos que auia buscado la curiosidad de su deseo, arrimado a las paredes de Siluia, y alabando entre las demas perfecciones de su cara, su hermosa boca, q̄ lo era tanto, que para rendir los coraçõens apenas auia menester sus ojos, cantó ayudandole otros dos criados musicos desta suerte:

Clauel diuidido en dos  
 tierna adulation del ayre,  
 dulce ofensa de la vida,  
 breue concha, roxo esmalte,  
 Puerta de carmin, por donde  
 el aliento en ambar sale,

y corio

y corto espacio al aljofar  
 que se aposenta en granates.  
**Deposito de aluedrios,**  
 hermosa, y purpurea imagen  
 del Murice que en la concha  
 guarda colores de sangre.  
**Citra de nacar con quien**  
 Tyra se muestra cobarde,  
 y aun sentida, porque el cielo  
 puso mas en menos parte.  
**Justo aplauso de los ojos,**  
 hermosa y pequeña cárcel,  
 muerte disfrazada en grana,  
 si ay muerte tan agradable.  
**Tirania deleytosa,**  
 cuyo vergonçoso engaste,  
 es mudo hechizo a la vista,  
 siendo vn imperio suave.  
**Guarnicion de rosa en plata,**  
 y de nieue entre corales,  
 discreta embidia a las flores,  
 que vn Mayo miran constante.  
**Y en fin cifra de hermosura,**  
 si permitis que os alabe,  
 dezidme vos de vos mismos,

porque

porque os sirua, y no os agrauie.  
*M*as la empresa es infinita  
yo muy vuestro, perdonadme,  
porque solo sè de vos  
que aueys sabido matarme.

Oyòle Siluia, y conocio que era el Cauallero q̄ la auia hablado aquella noche; quisiera abrir la ventana por no acreditarse de villana en la corteſia, pero tenia miedo a alguno que lo pudiera ver, y a n dixerá mas de lo que auia viſto; agradauala en don Diego el talle, la corteſia, y el entendimiento, y pareciale q̄ eſtuuiera empleada a guſto ſuyo, ſi el q̄ llegara a merecerla, fuera de aquellas partes; pero acordádoſe de ſu humilde nacimiento, deſpidio de la memoria eſtas imaginaciones, y remitió aunque no tan preſto, eſtos deſvelos al oluido. Confirmó don Diego ſu deſgracia, pues aun oyendo alabanças ſuyas, auia diſſimulado el agradecimiento: fueſe a ſu poſada mas inquieto, que prometia ſu buen iuzio, pidiendo a la industria alguna traça para vencer aquel deſden, y no la hallaua, porq̄ quedarſe en el pueblo, era publicarſe por amante ſuyo, y ofenderla con lo que pudiera obligarla.

Q. porque



porque en vn lugar corto está peligrOSO el secreto de estos enydados, y vna muger suele rendirse a los deseos de quien la adora, viendo que solamente el cielo sabe su delito: mas quando conoce que aquellos pensamientos son publicos, se vá a la mano en agradecerlos, por librarse de los rigores del vulgo, que está aguardando que tropiece en su facilidad para tener conuersacion a costa de su fama; yrse a Madrid; que era el mejor medio para olvidarse de todo, no se lo consentia su amor, y la belleza de Siluia. En efecto el enamorado Cauallero discurría en estas cosas tan desesperado y perdido, que se puso a imaginar, si mudando trage la agradaria mas: pues era posible, que la hiziesse desdeñosa, no su talle, sino su diferente calidad, que si vna esperança es desigual, no abre de buena gana la puerta al agradecimiento, y parecióle que si le viera Siluia, no adornado de locas galas, sino vestido de humildes paños, por su igual siquiera le amaria; durmió sobre este pensamiento, y resoluióse a buscar por todos caminos remedio: llamó al dueño de la casa, y contándole su mucho amor, y la poca esperança que le daua la tirana condición de Siluia le refirió el intento que auia pensado

fado para conquistarla, y que aduertiesse q̄ auia de ser con su fauor, q̄ él le prometia satisfazerse-lo: dezia esto con tanto afecto, y tan verdaderos suspiros, que el viejo obligado de la promessa, y enternecido a sus pesares, le prometio hazer de su parte quanto le fuera posible; y acordandose que auia tenido vn hijo que apenas conoció la primavera de sus años, quando dexò su patria, sin tener hasta entonces nueuas de su fortuna, le dixo, que él echaria fama de que auia venido, y desta manera podria seguramente pretender el dichoso fin que deseaua. Agradeciole don Diego con infinitos abraços la merced, y auisando a sus compañeros desta transformacion, se partio a Madrid a componer sus cosas, y haziendo vestidos curiosos, aunque villanos, y mudando el nombre de don Diego en Cardenio, boluio vna noche a la casa de su nueuo padre, el qual diuulgó por todo el lugar la uenida del no esperado hijo, y todos le dieron mil parabienes, viendo que despues de auerse librado de los trabajos de criarle, le hallaua tan mejorado y tan hombre. Empeçò Cardenio a darse a conocer con los mejores del lugar, y como sabia tan bien los terminos de la cortesia, y era tan galan

galan en aquellos que permitia la humildad del trage, todos le embidiauan, y de todos se lleuaba la voluntad. Viuia alegre, y satisfecho de su buena suerte, porque en efeto a todas horas podia mirar a Siluia, a quien seruia con recato, y zelaua con seguridad, y con la ocasion de reze llegado, la visitaua algunas vezes: dieron en dezir algunos curiosos de las acciones ajenas, (q̄ en todas partes sobran) que Cardenio amaua a Siluia, porque los ojos disimulan poco, y a qualquiera parte que ella iua, seguia sus passos como sombra de su resplandor. Aduirtiolo tambien ella con algun cuydado, no porq̄ se le hizo novedad el verse amada, sino porque ninguno merecia con tanta razon ser correspondido. Era Siluia discreta, y como tal conocia las gracias y entendimiento de su nueuo amante, parecia bien, porque lo bueno imaginado como tal, es imposible q̄ desagrade, y afsi poco a poco yua olvidando su natural esquiua, descubriendo su coraçon, que sino amaua, por lo menos agradecia, que viene a ser lo mismo: porque quien empieza a agradecer, no agradece para despreciar: considerose igual a Cardenio, querida de Cardenio, y embidiada de muchas que en su presen

cia



cia le alabauan; pareciole que seria delito tratar mal a quien la queria bien: muchas vezes podia Siloia auer hecho esta consideracion cō muchos que la adorauan, pero nunca vna muger se lasti- ma de lo que padecen otros, hasta que ella pas- sa por el proprio desassosiego: ya Siluia amaua, y como amaua se compadecia. Y estando vna noche tratando estos cuydados solamente con su pensamiento, su viejo padre (que hasta entō- ces en su opinion Albanio merecia este nōbre) auiendose informado de que Cardenio, y otros muchos la estimauan, temiendo no hiziesse alguna locura con que mallograssse su nobleza, pa- ra que se librasse del peligro que podia tener, la contō el verdadero suceso de su historia, y ense- ñādola algunas cartas de las que auia recebido, la dio por nueuas, que quando menos imaginas- se, se auia de ver en diferente estlado, y assi miraf- se lo que hazia, porque no la culparian a ella de qualquier desatino que intentara, sino al poco cuydado que el auia puestto en defenderla, y que pues auia nacido con tal ingento como hermo- sura, y sobre todo con muestras de natural vir- tud, la rogaua que se acordasse siempre de la sã- gre que auia heredado, y le pagasse el amor que

la tenia con no dexarse conquistar de quien ne-  
 ciaméte la solicitaua, pues ninguno la merecia.  
 Con notable suspension escuchò Siluia las ver-  
 dades de Albanio, y su secreto nacimieto, y pro-  
 metiéndole, y obedecer sus consejos, le assegurò  
 de sus sospechas, quedando tan còfusa como de-  
 fengañada. Acordóse de Cardenio, y viendose  
 cò algun estoruo para ser suya, sintió el perder-  
 le; mas considerando que amarle era enojar a  
 Albanio, y ofender su sangre, se determinò (aũq  
 no con mucho gusto) a olvidar aquella aparen-  
 cia de deseo, y esperar el dia en que se confor-  
 masse su inclinacion con su calidad: y estando  
 Cardenio adorando vna tarde las paredes de su  
 casa, la vio salir sola, y que enderaçaua su cami-  
 no azia el hermoso y alegre prado, o a diuertirse  
 de algun desvelo que traia, o a entretener las di-  
 latadas tardes del apazible Mayo, fuese por otra  
 parte para cogerla descuydada, haziédo de mo-  
 do, que el encontrarla pareciesse que auia sido  
 premio de su deseo, y no curiosidad de su preuē-  
 cion; llegó la disfraçada Siluia, y sentóse entre  
 vn jardin de còmunes flores que la naturaleza  
 sin cuydado auia produzido con el ayuda de vn  
 arroyuelo que tenian por vezino, que a caso lo  
 era,

erā, porque siempre murmuraua, y admirada de lo que aquella noche la auia contado Albano por su desdicha, consideraua la poca ventura q̄ tenia, pues quando pudo emplearse en vn Cauallero que la estimaua, y merecia, la siruio de impedimento el verse tan inferior a sus prēdas, y quando la agradaua Cardenio, igual suyo, y digno de qualquier cūydado, la estorua el estar aduertida de su nobleza, y viendola Cardenio tã diuertida, que no auia reparado en q̄ le tenia delante, quiso dezirla su voluntad, de manera q̄ ella la supiesse, sin que imaginasse que se la dezia, y dissimulando auerla visto, y pidiendo licencia a su turbacion, dulce y enamorado cantó así:

*Seluas, no vengo a quejarme,  
alegre y contento vengo,  
que si està en necios la dicha,  
en mi vida fui mas necio.*

*Quieroos contar mis venturas,  
y no es poco si las cuento,  
que estoy tan hecho a desdichas,  
que a mi mismo no me creo.*

*Amor tengo, seluas mias,  
pero es tan diuino el dueño,*



que solo en auerle amado  
he parecido discreto.

Bien conocereys a Siluia,  
la que con dos soles negros  
todo quanto mira rinde,  
mas direys tales son ellos.

Aquel hechizo del valle,  
a quien pienso que dio el cielo  
la comission de matar,  
y a mi me topó el primero.

No penseys que os mienso seluas,  
que en viendola direys luego,  
bien ay a tanta hermosura,  
buen gusto tiene Cardenio.

Mirame con buenos ojos,  
aunque no es fauor muy cierto,  
pues si mira con los suyos,  
claro está que han de ser buenos.

Silvia en fin me abraza el alma,  
y aunque muero si la veo,  
por hazer gusto a mi amor  
sus estrellas miro y muero.

E assi quantos verla quieren,  
lastima me dan y celos:  
lastima, porque los mata,

y celos,

y zelos, porque la quiero.

*Hazeme salir colores*

*quando a sus ojos me atreuo,*

*que como la quiero mucho*

*la tengo mucho respeto.*

*Es un Angel seluas mias,*

*y como no la merezco*

*mientras se duele de mi,*

*con quererla me contento.*

*Seluas aquesto es verdad,*

*esto passo, aquesto sientio,*

*prestalde mi amor a Siluia,*

*o quitadme el que yo tengo.*

**C**antó tan sentido el enamorado Cardenio, q̄ puso en cuydado a Siluia, y no quiso boluerse a su casa sin hablar cō el dueño de la voz, y de los pensamientos; saliola al passo Cardenio, como admirado de la nouedad de verla; y Siluia se rezeló como temerosa del peligro que la amenaçaua su voluntad, pareciolle mas galan, porque le miraua como imposible de gozarle; y preguntóle, si era él a caso quien tan dulcemente auia referido su ansias a las seluas. Bien sabia Siluia que era Cardenio, porque él mismo auia dicho

su nombre, pero estaua ya de manera, que por escucharle segunda vez, se lo preguntaria muchas. Respondio que él era, aunque desgraciado: quiso irse Siluia, por no escuchar cosas que la pudieran hazer salir colores, y aun obligarla a que se perdiessse mas de lo que estaua; detuuola Cardenio, aunque fue menester poco, y advertiendola, que se daria por pagado de su amor, si le escuchaua parte de su sentimiento, la dixo desta suerte: Siluia, si pensara que amandote auia de ofenderte, assi en la opiniõ, como en el gusto, sabe Dios que me quitara yo mismo esta triste vida (si a caso no es tuya) para que me faltara con ella la ocasion de enojarte; pero como tengo por cierto que el amor de vn hombre quando no es cõ perjuizio, no ofende, me animo a llevar adelante mis pensamientos, sin comunicarlos mas que al secreto destes arboles, que son amigos que no hablan. Yo estaua, como has visto, cantado, o llorando, que en quien ama tan cierto es lo vno como lo otro, y pienso que me oiste: mas si es assi no te pese, que bien puedes passar por el gusto de ser querida, pues yo passo por el tormento de amar, siendo mal pagado. No te pido Siluia mia que me quieras, pero solo te suplico, que no



te enojas de que te ame, pues se precia mi amor de tan poco interessado, que apenas tengo atrevimiento para deserte, porque pienso que el amor que no llega a los brazos, sino es el mas gustoso, por lo menos es el mas perfeto. Ya estava Siluia tan enternecida a las razones de Cardenio, que confiaua poco de su desden, y aunque queria, no acertaua a irse: mas resistiendose con valor de muger principal, le respondio tan rigurosa, que no pudiera hazer mas, si la huiera dicho que la aborrecia: fuese en efeto llorando por lo que dexaua, y huyendo de lo que apetecia: ya la pesaua de auer sabido su desdichado, aunque illustre nacimiento. Ay Cardenio, dezia por el camino, boluiendo los ojos algunas vezes, quien pudiera pagarte essa voluntad, sin auenturar la nobleza que tengo heredada? y quié pudiera recabar con el cielo que te diera la calidad que te falta, para que yo te efreciera tan piadosa, que quiso atreuerse a su verguença, y boluer a consolar al que quedaua con mas amor, aunque con menos esperança. No la quito seguir Cardenio por no enojarla, pensando que se auia ofendido de veras. Era discreto, por ser desconfiado, y como amaua temia, y como temia,

tuuo por cierto el desden de Siluia. Confirmó su poca ventura, considerando que no hallaua modo para agradarla, pues siendo Cauallero la auia ofendido, y viendo se villano, la auia enojado: bien quisiera poder quitarse la noble sangre con que auia nacido, para poder con mas libertad pedir la por suya, mas procurando consolar; se, remitió a sus ojos su sentimiento: y viendo entre los demas arboles vno que auia sido tan desgraciado parto de la Primavera, que como si huiera prouado los rigores de Diziembre, estava falto de galas y hermosura, pareciendole que auia hallado con quien hablar y contar sus lastimas, pues era compañero suyo en las desdichas, cantó cō embidia de las aues desta suerte.

*Arbol, que en tus verdes años  
fuiſte blanco de venganças,  
pues se faltan eſperanças,  
y te ſobran deſengaños:  
zen a ventura tus daños,  
que en fin tu ſuerte acabó,  
y el cuydado te quitó  
de temer lo que has dudado,  
pues no teme vn deſdichado*

*quando*

quando vé lo que temió.  
 En ti mis desdichas vi,  
 pues yo tambien esperè,  
 aunque mi tormento hallè  
 donde menos le temi:  
 lo mismo passa por ti,  
 pues la Primavera trata  
 de su muerte, y te maltrata,  
 quando puede darte el ser,  
 que es en efeto muger,  
 y no se libró de ingrata.  
 Apenas fuiste del suelo  
 lisonja, quando un rigor  
 fue injuria de tu verdor,  
 y fue para tu desvelo:  
 desdeñoso anduvo el cielo  
 aun antes de castigarte,  
 en luzirte, y adornarte,  
 pues pudiste sospechar  
 que te gustava de dar,  
 para tener que quitarte.  
 Tu estás con muerta esperança,  
 y yo con viuo cuydado,  
 tu lloras el bien pasado,  
 yo la presente mudança:



## Novela quinta

no ay humana confiança  
 estable, firme, y segura,  
 diote el cielo essa hermosura,  
 y fuera mucha estrañeza  
 viuir con tanta belleza,  
 y tener mejor ventura.

**El cielo a ti te quitó**

la vida, pero yo a mi  
 pues quise ver lo que vi,  
 y vi lo que me mató:  
 en mi pena solo yo  
 me doy el mayor castigo,  
 yo mismo a mi me persigo,  
 aunque mi muerte rezele,  
 que tal vez vn hombre suele  
 tratarse como a enemigo.

**Quando lloras tu cayda**

yo siento mi suerte triste,  
 tu la esperança perdiste,  
 yola esperança y la vida:  
 los dos la vemos perdida,  
 que el cielo lo quiso assi,  
 tu fuyste lo que yo fui,  
 gozaste lo que gozé,  
 in vinieste, yo esperé

Algo como *tu acabaste, yo cabi.*

Llegó la noche, y Siluia estuuo aguardando a Cardenio, sin quitarse de la ventana, el qual apenas vino, quando encerrandose en su aposento, y dexando el grosso habito, se vestio las mejores galas que tenia entre muchas que traxo, por lo que pudiera sucederle, y quando todos estauan entregados a la quietud de la noche, salio de su casa, y fue a la de su ingrata Siluia, que con el calor del tiempo, y el que auia cobrado aquella tarde, no podia alcançar del sueño que la diuertiesse de aquella agradable pesadumbre. Acercose Cardenio con intencion de saber segunda vez, si mudando trage se mejoraua su fortuna; reparó Siluia en el, y viendo que no passaua adelante, sino que daua a entender que la esperaua para hablarla, consultando con su recato la respuesta, se dispuso a cerrar la ventana, y cumplir con la obligacion que a si se deuia, y antes que lo hiziesse, la dixo Cardenio, mirasse que por escucharle dos palabras no perdia tanto, que fuese menester valerse de sus tiranias, y por no perder la ocasion q̄ tenia entre las manos prosiguió diziendo: Yo soy, señora, vn Cauallero q̄ passando por este lugar, vi vuestra diuina hermosura,

plu-

pluguierã à Dios huuiera nacido sin ojos, para que me escusara de lo que por su ocasion padezco, vira en fin por mi desdicha, que desdicha parece amar vn hombre, a quien sabe que no le paga, y boluiendo a veros, os hablé vna noche en mi cuydado, y hallé tan poco lugar en vuestros ojos, que aun no les deui que por descuydo me mirassen: procuré diuertir esta voluntad en la Corte, y lo huuiera hecho, si vos fuerades menos hermosa; mas hallando por imposible olvidaros, quise boluer a saber de vos si acaso gustays de que me empeñe con mas fuerça en quereros, dandome alguna esperanza, ya que no de amarme, si quiera de agradecerme vna voluntad tan noble: este desengaño espero de vuestra boca, q̄ aunque salga contrario a mi desseo, me seruirá de saber que naci para llamar me vuestro: pero no para mereceros por mia. Oyòle Siluia, mas por ver si se olvidaua de Cardenio, que porque gustaua de escuchar agenos cuydados: y como quié ama tiene hecho el gusto a las palabras de su dueño, acordandose del q̄ lo era suyo, la desagradoó quanto escuchaua entonces. O fuerça de la passion de quien quiere bien! Cardenio fue el que habló a Siluia la passada tarde, y el q̄ la habla



bla agora; entonces villano, y agora Cavallero: el mismo entendimiento tiene, y aun mejor, porque está en habito mas a proposito para la inclinacion de Siluia; pues como le desagrada el mismo que la ha parecido bien? Milagros son de la voluntad, que todas las cosas que mira en el sugeto que estima, las califica por acertadas y cuerdas; en vn hombre querido todo es gracia, los errores sō aciertos, los disparates agudezas, y las ignorancias donayres: el exemplo tenemos en las manos, pues Siluia estava tan pagada de su Cardenio, que con ser él mismo el que la estava hablando, solo porque le imaginava como otro la ofendia, y tanto, que le respondió resueltamente, no se cansasse, porque fuera de que su calidad era desigual a su estado, en vn lugar corto anda tan sobrada la malicia, que qualquiera cosa por limitada que viesse, auian de atribuir a liuidad; y lo que mas la quitaua las esperanças de pagarle, era verse cautiva de vna voluntad que no la dexaua admitir otra en su honesto pecho, porque ella amaua, y vn coraçon con poco gusto lleva sobre si mas de vn cuydado, que repártirle en diferente dueños, es no tenerle de ninguno, y así la perdonasse, y procura

raffe, si la queria, no venir tercera vez dōde ella  
 le viesse, y los demas le notassen, y despidiēdose,  
 cerrō la vêtana. Quedó Cardenio tã desēgañado  
 de su corta dicha, q̄ ya le pesaua de auer sabido  
 tã a su costa, lo q̄ auia de ser principio de su mu-  
 erte. Mirauale no solo amãdo sin ser correspō-  
 dido de Siluia, sino q̄ escuchaua della q̄ tenia vo-  
 lūtad, y q̄ no feria a él, pues le trataua con tantos  
 rigores, y como si el vestido fuera causa de sus pe-  
 nas, le hizo pedaços por testigo de sus ofensas, y  
 por no auer sacado cō él sino desēgaños q̄ le ator-  
 métanã. Maldezia su fortuna, y pedia al cielo le  
 quitasse la vida, porq̄ aũq̄ Siluia le auia muerto,  
 era de manera q̄ le dexaua viuo para el sentimiē-  
 to, y difũto para la esperãça: y viendo q̄ estauan  
 cerrados todos los passos para agradarla, y q̄ con  
 ruegos no se obligaua, porq̄ no era noble, ni con  
 finezas, porq̄ se preciaua de ingrata; cō galas no,  
 porque auia nacido grossera; con vestirse de sa-  
 yal tampoco, porque era altiuã; con amores me-  
 nos, porque queria en otra parte, se acordó de las  
 vezes q̄ los zelos han hecho milagros en la vo-  
 luntad mas tibia, porque vna muger suele des-  
 cuydarse amada, y amar aborrecida; resoluiose a  
 obligarla con agrauios, ya que no se dexaua cō-  
 quistar

quistar con verdades, y procurar conocer el labrador venturoso q̄ la merecia, como sino fuera él solo el dueño de su aluedrio, pues él solo era a quien amaua, y con él mismo le daua zelos, y para esto ordenò mostrarse publicamente agradecido a vna labradora de gentil brio, de mucha riqueza, y de razonable calidad, que se preciaua de entendida, y auiciòle escuchado algunas vezes, se auia aficionado a su entendimiento, y en qualquiera ocasion que podia hablarle, daua a entender que no le queria muy mal. Empeçò Cardenio a mostrarse amante suyo, y ella a tenerse por dichosa en pensar que merecia sus desuelos; escriuia la discreto, aunq̄ mentiroso y ella respondia bachillera, aunque agradecida; y esto a tiempo que ya Siluia olvidada de su fuerte cõdicion, le amaua con tantas veras, que lo pagaua su salud; porque aduirtièdo que era noble, se le hazia lastima juntar su sangre con quien auia de mãcharla, y mirandole a él, la parecia imposible passar la vida sin sus braços; de manera, que ni se atreuia a quererle, ni se determinaua a olvidarle. Así estaua la hermosa Siluia, quando llegó a sus oídos el nuevo empleo de su mudable amante, y como la hallò tan dispuesta para



qualquiera desdicha, fue mucho que la dexassen con vida los zelos. Quiso castigar su amor, y trocarle en aborrecimiento, mas no pudo, que el amor con nuestra voluntad se toma . pero no se dexa. Quisiera darle a entender su pesadumbre en viendole, y no se atreuia , porque si amaua a otra, era poner en contingencia su estimacion: en fin la parecio mejor callar su sentimiento (si pudiesse) aunque sufrir los zelos sin dar voces, era demasiada mortificacion en el gusto : y vna tarde que porque saliesse a honrar los campos, la combidaua vn fresco viento, se fue a comunicar con la soledad sus congoxas, y a dar parte a las aues de sus pensamientos, porque si se preciauan de parleras, le dixessen a Cardenio lo que padecia: y boluiendo los ojos àzia la falda de vn pequeño monte, que seruia de diadema hermosa a lo demas del campo, vio que tres hombres aleuofamente injuriauan la vida de vno solo, que bizarro se defendia, y animandose quanto pudo, fue a impedir con sus ruegos y su hermosura, el riguroso fin que prometian tan desatinados atreuimientos, y por mucha prissa que se dio, para cumplir con la piedad de su deseo, ya quando llegô fue tã tarde, que los enemigos del valiêre

mancebo, aunque heridos peligrosamente, iuan huyendo, por dexarle a su parecer muerto, o cõ poca esperança de la vida. Llegõ Siluia, y vio entre los braços de vna hermosa zagala al triste moço, que bañado en su sangre con vn mortal desmayo daua a entender q̃ le faltaua poco para rendirse a la muerte. Reparõ Siluia antes de preguntar el tragico suceso, en que la muger que le acompañaua, era la causa de sus zelos, y boluēdose al dueño de la vertida sangre, vio q̃ era no menos que su traydor amãte, su falso Cardenio, su querido ingrato; bien tomara por partido q̃ pudiera tanto el sentimiento de la presente desdicha, que la matasse con breuedad, para que sus zelos duraran menos; y preguntando a la enemiga de su sosiego la ocasion de aquella desgracia, respondió turbada, y llorosa, que Cardenio (a quien amaua con estremo) estando con ella a la sombra de aquellos arboles, auia tenido cierto disgusto con vn hombre mas poderoso que bien nacido, sobre embidia de su fortuna, y zelos de su voluntad. Y pareciendole que era disparate sufrir que vn hombre humilde, y recién venido se auentajasse a todos, y fuesse causa de q̃ no le amasse, auiendole visto salir con ella aq̃lla

tarde, le siguió cautelosamente, y quando estauan mas seguros de su traicion, le acometio cō otros dos que le acompañauan, y sin que bastasse ponerse ella misma delante de las espadas, para defenderlo de sus crueldades, le auian dexado en sus braços de la manera que miraba. Dissimulô Siluia, no el sentimiento que la rasgava el coraçon, sino los zelos que la abraçauan el alma, y dixola, que fuesse al momento, y auisasse de aquella delgacia en el lugar, para que se procurasse su remedio. Quedôse Siluia sola, y cercada de mil pensamientos, porque con los zelos q̄ tan claramente tenia aueriguados, deseaua la muerte a quien era su misma vida, y por otra parte como sabia de si que le adoraua, mirauale cō el ansia de verle padecer, y venia a pesar mas el amor que la enternecia, que los zelos q̄ la enojauan. Alçó Cardenio los ojos, y conociendo a Siluia, espantado de verse libre de quien auia sido causa de aquella tragedia, casi estimó el rigor que con él auian vsado sus enemigos, por parecerle que Siluia de lastima siquiera, auia de olvidarfe por entonces de sus asperezas, pero acordandose de que tenia secreto dueño de su gusto, deseaua que las heridas fuesen tales, que bastas-

sen



fênã quitarle la vida, pues con la muerte por lo menos no ay fortuna que se tema: mas viendo que solo en la cabeça tenia la herida que auia esparzido tantos granates, porque de las demas le defendio vn colete que traia debaxo de aquel dissimulado trage, se determinó a vengarse de los ofensores, por el agrauio que le auian hecho en dexarle viuo, sin duda para q̃ le mataffe mas poco a poco el martirio de su sospecha, y el tormento de su defengaño. Y despues de satisfacerse Siluia de que la herida de la cabeça era sola la que produzia aquella caliente purpura, y no de tanto peligro como se imaginaua, aunq̃ para quien le amaua, como ella, qualquier dolor suyo, por pequeño que fuesse, la atrauessaua el pecho, auiendole limpiado con sus manos alguna sangre que estaua detenida en el rostro, y apretadole con vn lienço en la parte por donde el roxo humor fugitiuamente salia, le preguntó el suceſso, diziendole, que se espantaua, que teniendo de su parte a vn Angel que la defendia, se huiesse atreuido la menor ofensa, porque si ella viera a su galan en semejante estado, o le auian de dexar sin agrauiarle, o auia de prouar ella primero los azeros, para que si despues le acertaf

sen al pecho, pareciesse fauor, y no vengança. Tuuo Cardenio a nouedad que a Siluia le passasse tanto de su desgracia, que la compassiõ es-  
 tã muy cerca de parecer amor, y para confirma-  
 mas bien esta verdad, la refirio lo mismo que Sil-  
 uia auia escuchado, aunque la historia no era pa-  
 ra oida dos vezes, pues zelos para matar basta q̃  
 de repente se imaginen: dixo, no que amaua a  
 la labradora que auia visto, sino que ella cõ vna  
 honesta voluntad le queria; porque lo primero  
 fuera agrauio para Siluia, y lo segundo era cre-  
 dito para Cardenio, y si dixera q̃ la amaua, diera  
 ocasion a Siluia para qualquier desprecio, que  
 aunque muchas con zelos y desdenes aumentã  
 su amor, otras suelen resfriar el desseo; y aduer-  
 tiendo Siluia que si callaua lo que padecia, seria  
 fuerça que Cardenio profugiesse en aquel cuy-  
 dado, antes que viniessse gente que la estorbasse,  
 fingiendo vna disimulada rifa; que si fueran ne-  
 cessarias lagrimas, no auia menester fingirlas, lo  
 dixo desta suerte.

Prometote Cardenio, que me suele dar oca-  
 sion a que me ria, ver en los hombres en tan po-  
 co tiempo tan diferentes y varios pareceres; y q̃  
 auiendo nacido con alma poco firme, y volun-  
 tad

tãd menos constante, os andeys quejando de nosotras toda la vida; por ventura ay mudança en alguna muger, que no proceda de culpa vuestra? trato de las mugeres principales, que en las demas la inconstancia no es nouedad, porque es costumbre. Has oido dezir alguna vez, que vna muger admitiessa otro cuydado, siendo biẽ correspondida? No por cierto: porque la que auentura su recato, o es por amor, o por interès; desto segundo se libra la que es noble, pues queriẽdo bien, y teniendo amor a su gusto, que mug<sup>r</sup> ay tan necia que le quiera perder, y mas estando su reputacion de por medio? Dirasme, que como se vè por la experiencia, que la que es mas noble no suele permanecer en vn empleo: y a esto respondo lo que al principio, pues no tienen ellas la culpa, sino quien las obliga a que intenten desatinos. Que culpa tendrã la muger que se vè ofendida de vn ingrato en la honra, y en el gusto, si por verse libre de su memoria se olvida tal vez de su nobleza? Que ha de hazer la que lleuada de su amor, y mouida de las lagrimas de vn hombre le dà lugar en el pecho, y de ahí passa a quanto dessea, (que vna vez rendida la voluntad, todo lo demas es facil) si despues de go-



zar lo que alcaçaron ruegos y lastimás, comò se vé querido, y tiene segura a la desdichada que le adora, apetece quanto mira, y lo peor es, que no para hasta matarla a pesadumbres, y dexarla cõ las ofensas a los ojos. Pregunto Cardenio, esta muger tendra disculpa en intentar qualquier flaqueza? A caso las mugeres nacímos con obligacion de sentir vuestros agraviós, sin buscar la vengança dellos? No teneys vosotros verguença de ofendernos, y hemos de regatear nosotras el vengarnos? Quien tiene mas entendimiento, q̄ es el hombre, no huye de ser inconstante, y quieres que vna muger tenga cordura para sufrirle? y fino, dime por tu vida, o por la de aquella dama que te quiere tanto, que consiente que te la quiten, acuerdaste que no ay muchos dias que te hallê contâdo a las seluas, no sê si mis cuydados o tus mentiras, y despues no me encareciste que te devia suspiros, y te costaua desuelos? No me dixiste, que si se dilatara tu vida a infinitas edades, no podias dexar de quererme, ni acertarias saber olvidarime? Pues si esto es cierto, como lo sabes tu, y aquellos arboles, y agora te hallo en brazos de otra hermosura que por lo menos te cuesta sangre, y mas lo que estâ encubierto, dime, que

que confianza se puede tener del mejor hõbre, o que mas hizieras si huieras estado ausente algunos años, y yo despues de auerte querido te dexara? Tan presto te he parecido fea, y sin auerme gozado? Tan presto te cansaste de rogar a quien muchos ruegan? Pienas a caso que viues en la Corte, donde en el pedir y el conceder no ay mas distancia que la falta de ocasion? Presumiste que era alguna muger comun, que me auia de rendir a los primeros engaños (que todas las palabras lo son quando está a los principios la voluntad?) y si por dicha no pensaste tan mal de mi, dime, si como era posible (aunque no ha sucedido) despues de auer escuchado tus sentencias, me huiera agradado de tu talle, y sobre todo de tu ingenio, parecete que quedara buena, y parecete que tuuiera culpa en vengarme de tus sinrazones, y en publicar q̄ eras ingrato, facil, y desconocido? fuera entonces yo la mudable en agrauarte ofendida, o tu en ofenderme sin agrauarte? Cardenio, Cardenio, mira que es peligrosa qualquiera ofensa en las mugeres, que son honradas, porque como sienta con mayor fuerça la injuria, intentan con menos piedad el castigo; lastima tendré de aqui adelante a la pobre

bre que te quisiere, porque yo aunque te tuvierã en mis braços, temiera que alguna vez auías de amanecer ageno. Ay de mi, si te huiera creído, que de disgustos me prometiera! libre Dios mi voluntad de tus engaños, que pueden salirle a vna muger a los ojos: mucho te importara, ya q̄ eres tan discreto, estar menos confiado de tus meritos, que a muchos les echa a perder no el entendimiento que tienen, sino el saber que le tienen; y no creas que eres tan perfeto, que has de rendir quanto mirares, que visto de espacio, tienes muchas faltas que no conoces, porque te vès en el espejo de tu propia passion.

Ya Siluia se iua enojando, aunque tan amorosamente, que con lo que le ofendia, le enamoraui; pidiose Cardenio albricias, no de que Siluia le quisiesse, porque los zelos que tenia, y lo q̄ auia oido aquella noche, no le dexauan creer cosa en provecho suyo, sino de verla tan afable, y humana, y por satisfacerla de su firmeza, y darla a entender que ella auia sido la primera ocasion de su mudança, la dixo: Para que Siluia, puede ser bueno encarecerme que todos los hombres son ingratos? por dezirme q̄ yo lo he sido: en esto saben los cielos que ay mucho que averiguar;



riguar: es verdad, que me hallaste repitiendo a estos campos lo que me deues, y aun lo que aora tan poco me pagas, pero no es verdad, ni lo puede ser que me aya olvidado de aquella primera voluntad, aunque te digan otra cosa tus sospechas, que yo que la siento, sè que te engañas, y pluguiera al cielo hermosa Siluia que fuera verdad lo que has imaginado, pues a ti te importara poco, y yo viuiera con mas descanso. Dizes que estàs contenta de no auerme creído, ni querido, porque aora te hallaras tan mal pagada, como bien quexosa. Ay ingrata, no lo creas, ni hagas esse agrauio a mi voluntad, que si te parece que he sido mudable, puede ser q̄ lo aya hecho por darte gusto, q̄ quando vna muger quiere bien, fuele agradecer que no la tratè de otros cuydados; yo sè Siluia que tienes amor: yo sè que te desvelan otras penas, y esto de tan buen original, que ay quien lo ha escuchado de tu boca; pues dime, es mucho que yo me entretenga de burlas, si tu me estàs ofendiendo de veras? No sè como te has lastimado tanto desta pequeña herida, y tienes animo de darme la muerte por mil caminos? No bastaua quererte Siluia? no bastaua ser despreciado por quien tu sabes, sino  
querer

querer q̄ profiguera en amarte, y me viera perdido quando ni tu me pudieras remediar, ni mi cordura me pudiera fauorecer? Vete a la mano, y aduertete, que no es gallardia dexar que vn hōbre se vaya encendiendo cada dia, para darle cō el defengaño en los ojos, a tiempo que no tenga mas consuelo que su desesperacion: dexame prouar si puedo oluidarte, pues te importa poco que yo te ame.

Confusa escuchaua la enamorada Siluia a Cardenio, y quando iua a satisfazerle de aquel indigno pensamiento, la estoruó alguna gente, que con las nueuas del suceso venia a saberle con mas certidumbre, para que se preuiniesse su remedio: y contentos todos de que la herida no era demasiada, si bien la falta de la sangre hazia mayor su desgracia, llegaron al lugar donde con general tristeza fue sentida, porque su cortesia le auia hecho tan bien quisto, que solo los zelos (que ni miran a la piedad, ni atienden a la razon) tuuieran animo para ofenderle. Estuuó en la cama algunos dias, regalado de Siluia, y tan agradecido a sus fauores, que con no tenerlos por seguros, hizo por ellos vna fineza, que al parecer de Siluia era muy grãde, y fue, escriuir vn papel  
a la

à la que auia sido causa de su diuertimiento, diciendola, que él era en aquel lugar mas forastero que natural, porque aunque auia tenido en él la primera cuna, la ausencia le auia hecho extraño, y assi no queria disgustar a las personas cõ quien era fuerça viuir: y en efeto la desengañó claramente, de que no auia de proseguir en su amor; y Siluia quedò tan gustosa, que le embiò a dezir con vna criada, de quien ella hazia confiança, q̄ en hallandose con fuerças para salir de casa, le queria hablar acerca de muchas cosas que pudiera ser que no le pesasse de escucharlas. Contaua Cardenio las horas, deseando el dichoso dia para pedirle descubiertamente que le desengañasse: Siluia tambien rogaua por la mejoría de Cardenio, para hablarle menos esquiua, y mas a mortosa, porque ya le queria de fuerte, que con ver que si sus padres supieran que se empleaua tan baxamente, no la auian de admitir por hija, y se auia de quedar toda su vida en aquel humilde rauge, estava resuelta a ser suya, y a viuir con él aunque perdiera mayores intereses. Y vna noche q̄ estava el viejo Albano riñendola, porque no daua credito a la nobleza que no conocia, llamó a la puerta vn hombre, que preguntaua por Albano,



nio, diziendo, que vn Cauallero le queria hablarã  
baxó Albanio, y quedòse Siluia tratando con su  
pecho de la gallarda determinacion que tenia,  
y apenas llegó el viejo a preguntar quien le bus-  
caua, quando vna dama de lindo talle, y gentil  
presencia se fue a sus braços, y con mas admira-  
ciones que palabras le dio a entender, que era la  
madre de Siluia, que como la auia heredado la  
belleza, no fue dificultoso conocerla presto: y lue-  
go su esposo que la acompañaua, con el desseo de  
ver a su hija, sin detenerse en otros cumplimen-  
tos, rogó le lleuassen a conocerla: subierõ todos,  
y hallaron a Siluia, que espantada de aquella no-  
uedad, casi no consentia en los amores que la ha-  
zia su padre; y despues de auer solenizado con  
regozijos y admiraciones de aquella ventura tan  
desseada, y lo mucho que deuian a Albanio, le  
dixo la madre de Siluia, como despues de auer-  
la dexado del modo que sabia, y auerle salido to-  
ro a satisfacion de su desseo, estuuò mucho años  
sin ver a su esposo, fino es por la comunicacion  
de papeles y cartas, que son las visitas de los au-  
sentes, porque dio muerte en Salamanca a vn  
Cauallero de los mas principales della, y assi le  
fue forçoso ausentarse a parte donde pudiera es-

tar sin peligro, hasta que con vn perdon de su Magestad auia cessado sus pleytos, y destierros, y que boluiendo a su patria, y viendose con la nobleza de vn Habito, y con hazienda suficiente para poder honrarle, meuido de su voluntad, que si es verdadera, no conoce al oluido, y confessando sus obligaciones se iua a Granada, para ver si auia remedio de gozar su esposa, y viendo los dos que su padre perseueraua en su delatino, se resolvieron en dexar vna noche a Granada, y venirse a Madrid, llevando de camino a Siluia. Y encareciendo el peligro en que estauan, si se detenian, porq̃ su padre, o sus deudos fuera posible que los alcançassen, dixeron a Albanio, que sin mas preuencion, era fuerça que Siluia se fuese con ellos, para llegar a Madrid antes q̃ amaneciese. Nuevas fueron estas que desmayaron a Siluia tanto, que tuuiera por muy gran dicha auer nacido de humildes padres, si la auia de costar el verse no solo de signal de quien adoraua, sino en parte que no auia de pagarle aun con los ojos. Replicô Siluia a tan rigurosa y fuerte determinacion, pero no le valio, porque sus padres cessauan con temor, y amor; el temor no les consentia detenerse, y el amor no les daua lugar a q̃

la dexassen; y obedeciendo a la cruel sentència, bañada en lagrimas, y llevando traspassado el coraçon por lo que dexaua, se despidio de Albanio, en compañía de aquella criada que sabia sus desvelos, para descansar con ella, y tratar de q̄ Cardenio supiesse la triste causa de su ausencia, y procurasse verse con quien tanto le amaua. Quedò Albanio encargado del secreto, aunq̄ Siluia le rogò al despedirse, por el amor que la tenia, dixesse a Cardenio de su parte lo que auia pasado, y él por consolarla se lo prometio, aunque despues viendo que no podia estar bien a su calidad, le parecio que acertaria en no dezirlo. Llegò Siluia a Madrid, como se puede creer de quí iua muriendo, y con cada passo miraua mas lexos de sus ojos a quien era alma de sus pensamientos: consideraua quan al reués se auia cumplido el deseo de verse con su dueño, imaginaua también quan injustamente ofenderia su voluntad, sabiendo su ausencia. A penas faltó Siluia, quando todos echaron menos su hermosura, como era la juya de mas importancia; y estando Cardenio cuydadoso del descuydo grande que tenia en auisarle de la ocasión en que la auia de hablar, porque ya se miraua con bastantes brios para ha



zer valentias en su salud, le vinieron a dezir como faltava de la casa de su viejo padre, y que se imaginava que se auia ido con vn hombre que la gozava de secreto, (que el vulgo nunca se contenta con dezir lo que passa.) No quiso Cardenio dar credito a estas nuevas, por no agraviar a Siluia, que pensar mal del recato de vna muger sin informacion bastante, es ofenderla en el honor, y hazer poca confiança de su poca virtud; pero viendo que todos la murmurauan, y que en su casa no parecia, tubo por cierta su imaginacion, y sospechó que el dezirle que le tenia que hablar, auia sido para consultar a solas el fierto de engañño de su determinacion, y endose con el oculto merecedor de su belleza. Boluiase loco, que xauase al cielo, llamava a la muerte, y maldecia no solo a Siluia, sino a las demas mugeres que en semejantes casos, la mudança de vna la pagan todas. Ay dezia (ciego de su passion) crueles homicidas, rigurosas para quien os ama, y apazibles para quien os aborrece. Quien pudiera vivir sin vosotras, para libtarse de vuestros engaños y mudanças! siempre me acuerdo de aquellas palabras de Marco Aurelio, hablando contra vuestra malicia: Mugeres, en acordarme que naci de vosotras,

tras, desprecia la vida; y en pensar que viuo con vosotras, amo la muerte: hablò como discreto, y como Filósofo, y mas si passaua entonces por la ingratitude de Faustina. Dezis siempre q̄ somos mudables, y estoy por creerlo, no porque cabe en el hombre delito de ingratitude, sino porque lo pudimos bien aprender en el tiempo que estuimos en vuestras entrañas: vosotras soys siempre las quexosas, y nosotros los ofendidos, que como teneys fuerça en los ojos para mouer a lastima, acreditays con lagrimas lo que dissimulays con engaños. De todos nosotros dezis infamias, y a cada vno de por sí hazeyshalagos. Yo te ohi Siluia dezir vna tarde tantas injurias contra quien admitia mas de vn desvelo en su coraçon, q̄ pensè que auia resucitado Lucrecia, o que viuia Penelope; mas ya conozco que fue solamente querer acreditar de buen gusto, porque como al vicioso, aunque lo sea, le agrada la virtud, así a vosotras, aunque seays mudables, os parece bien la firmeza y os quereys preciar de lo mismo que os falta. Ay Siluia, eres muger, y no puedes olvidar tu naturaleza; si amauas a otro, para q̄ te entretenias conmigo? Si te desvelauã otras ansias, para que te lastimauas de mis heridas? Y si passauas

uas por tanta mudança, porque culpaas mi poca firmeza? Es posible, que amando vna muger en vna parte, aun le queda animo para querer en otra? Yo confieso que tuue por cierto que me amauas, pero engañéme, o tu me engañaste, que no tiene vn hombre obligacion de estar aduertido, de que las mugeres principales mienten; y quien auia de pensar, que no era muy seguro tu amor, si te vi casi llorar de zelos? mas dime, como fue posible confessarte zelosa, y librate de tenerme amor, pues lo vno presopone lo otro? mas pareceme que no fuerõ zelos, sino embidia, pues a ti no te deuio de pensar de ver me con otra, porque me amauas a mi, sino porque te parecia que era de fastiarte a ti. Ay ingrata, que mal cumpliste con la obligacion que deuias a mi voluntad! Por ti, Siluia, dexè gustos, amigos, y nobleza, pues me olvidé de lo que soy, por igualarme a tu ser, por ti vine a estas soledades conuertido en villano, que Ouidio, y el amor me animaron a semejantes desatinos: pues alguna paga merecia esta fineza; pero ya veo q̄ soy loco en pedir agradecimiento a quien supo conocer los beneficios. Así se quexaua el ausente Cardenio de su adorada Siluia, aunque sin razon, porque



le amaua con tanta verdad, que no viuia vn punto sin su memoria si bien descófiada de su amor, porque como los agravios se toman mas atreuimiento en qualquier ausencia, y a Cardenio no le aborrecian en el lugar, temia, y con razon, no fuesse ingrato al mucho amor que la deuia. Solia yr Albanio a la Corte, y preguntauale si auia visto a Cardenio que estava en Madrid, y el respondia (por apartarla de aquel pensamiento) que si, y que ya se cansaua de rogarle vinielle a verla, por que viuia tan diuertido en cuydados nuevos, q̄ apenas le daua respuesta. Creyóle facilmente Siluia, y empezó a injuriar la facil condicion de Cardenio, vengandose con infinitas lagrimas de sus hermosos ojos, que como ellos son los primeros que tropieçan para que cayga la voluntad, son tambien los que sienten con mayor af-cto la culpa de su caída. Ya todo esto sucedia en ocasió que los padres de Siluia andauan muy cerca de desposarse, y ella auia trocado el traje de villana por las costosas galas q̄ pertenecian a su calidad, con las quales estava tan hermosa y desenfadada, como si toda su vida huiera criado en ellas. Tambien Cardenio viuia en Madrid, porque viendo que faltaua Siluia, dexó de ser villano, y boluio

boluio a su centro: y baxando a caso vna noche àzia el prado en compañía de cierto amigo suyo, que sabia reñir de noche, y callar de dia, vieró vna dama que iua sola, y con algun fusto. Lleuaua en la cabeça vn tafetan leonado, que la defendia la cara para no ser conocida, y descubierro vn faldellin que no se supo de que era, porque la mucha guarnecion no daua lugar a que se manifestasse la tela, el olor daua a entender q̄ era principal, o por lo menos de buen gusto. Y llegando a ella, la preguntaron si mandaua q̄ la fuesen sirviendo. Que me sigays entrambos quisiera (respondio la dama) porque me importa dar vnos zelos a vn hombre que me ha hecho cierto pesar en la comedia, y me holgara que me la pagasse en otro tanto, hiriendole por los mismos filos. Cogieronla en medio, y dieron buelta por todo el prado, sin hallar a quien buscauan y quando ya se venian a su casa, les obligó a parar vn coche, que quatro musicos, y otros tantos Caballeros estaua jũto al Monasterio del Espíritu sãto, cantando a quatro voces est emadamente. Sentaronse en las gradas de la Iglesia por escucharlos con mas comodidad, y despues de auer puesto fin a la musica, y que ya el cochero guiaua a

Las fuentes de san Geronimo, vno de los que venian dentro que a caso reparó en la dama, mandando que parasse, se echó del coche, y fue a reconocerla. Levantóse Cardenio, y detuóle, diciendo, que aquella de masia no la enseñaua la Corte. Yo me precio (respondió el Cavallero) de tan compuesto y cortesano, que ninguno me ganará en essa materia; pero el amor, y mas si se aconseja con los zelos, no repara en estos puntos, la dama que viene con vos, lo es mia, si por cierto disgusto que la he dado quiere darmele, ya está conocida la trata. Lo que yo sé (replicó Cardenio) es que agora está conmigo, aunque no es mia. Pues que importa (dixeron los que venian en el coche) que esté, o dexé de estar con él; vaya-se agora solo a su casa, y agradezca que no es a la de vn barbero. Patecióle a Cardenio, y a su amigo, que era mucha cordura sufrir tantas demasias, y faciendo las espadas, se empezó la pendencia, dandoles, aunque eran tantos, bien que entender. Cupo le a Cardenio resistir con dos, o as a poco. lances el vno cayó a sus pies, diciendo a voces que le auian muerto: empezaron los vnos y los otros a rezalar el peligro de la justicia (que en Madrid es milagro auer pesadumbre donde



no se halle) y pareciendole a Cardenio que el huyr era dar ocasion a que le siguiessen, dexando aquella calle, hizo sagrado de la primera casa, y se entro en ella, pidiendo le diessen fauor para poder deslumbrar a los que le quisieran ofender. Entonces vn criado de la misma casa que auia sido testigo de su valentia, le lleuó al vltimo quarto que estaua algo apartada, y tenia vna puerta, por la qual se podia passar al de sus señores, para que si la justicia hiziera diligencias en buscarle, pudiera con facilidad defenderse de sus intentos y dexandole cerrado, se boluio a ver el fin que auia tenido la pendencia para preuenirle de lo que auia de hazer. Quedó Cardenio algo temeroso del suceso, vióse a escuras, y solo, sin saber adonde estaua, y despues de considerar su aduersa fortuna, y las desdichas en que le iba poniendo cada momento, vino a parar en la liuidad de Silua, y en el tiempo mal empleado que le costaua, y estando aconsejandose a si mismo, que oluidasse vn amor tan necio, sintio cerca de donde estaua passos, y escuchando con atencion, oyó q̄ vna muger con ansias y suspiros daua licencia a sus tristes ojos para sentir alguna lastimosa tragedia. *Ay dezia anogada en diluuios de perlas,*  
de

de que me ha aprouechado mi hermosurâ, si acã  
 so la tengo, auindome sugetado a quien la trata  
 tan descuydadamente? de que ha seruido mi re-  
 sistencia honrada a tantos ruegos y finezas, si en  
 fin acaba de querer bien a quien me paga tã mal?  
 Que me ha importado dissimular mi amoroso  
 desuario, si al cabo le confesé para quedarme cõ  
 la verguença de auerme rendido, y viuir sin el  
 premio de auer amado? Ay Cardenio mio (si a  
 caso lo puede ser, quien està tan ageno de escu-  
 charme y de corresponderme) quien pensara que  
 muger que pagò con desprecios tantas verdades,  
 se hauiera de sugetar tan facilmente a tus men-  
 tiras? discreto eres para persuadir, pero muy ne-  
 cio te hallo en agradecer? noble pareces en las  
 palabras; pero como villano has procedido en  
 las obras; castigo es este que merece mi condiçõ  
 ingrata, que siẽpre la que se precia de tratar mal  
 a todos, llega a tiempo, que la desprecia quien  
 menos i magina. Admirado quedò Cardenio de  
 oir su nombre en tan estraña parte, pero biẽ echò  
 de ver que otro seria la causa de aquellas queexas,  
 que tuuiesse su nombre, aunque no su fortuna.  
 Boluio el ciado para auisarle que podia salir se-  
 guramente, porque la justicia se auia contentado  
 con

Con prender a vno de los contrarios, y Cardenio agradecido a la merced q̄ le auia hecho, despues de pagarle su cuydado con algunos escudos, le preguntó el dueño a quien seruia, y el entorces le respondió que a vn Cauallero que venia a desposarse con vna dama, a quien auia años que amaua, y confesaua obligaciones, y que trata consigo vna hermosa hija que se auia criado tres leguas de la Corte, viuendo siempre encubierta, hasta que sus padres pudieran seguramente llamarla fuya.

Todas estas cosas escuchaua Cardenio tan fuera de sí, como admirado de la historia de Siluia, y boluendose al criado, le dixo, sin duda es essa dama vna que poco ha oí que xarse tiernamente. Si seria, le respondió, porque despues que vino del lugar donde estaua, son tantas las locuras, y sentimientos que haze, que con ser mucha su virtud, no ha faltado en casa quié piense, que sus tristezas nacen de algun amor que dexa en Pinto, porque aunque ella dize que solamēte el vese sin Albanio, que es a quien ha tenido en lugar de padre, la tiene descontenta, yo creo otra cosa, porque algunas vezes la he oído que xarse de vn hombre que llama Cardenio, y por esto presumo,

que



que no es solo el amor de Albanio el que la tiene tan triste. Harto fue que Cardenio pudiesse sufrir el gusto de tan alegres nuevas, pero disimulando cuerdamente, le rogó, que si fuesse posible, lleuara vn recaudo de su parte a aquella dama, diziendo, que vn Cauallero que auia viuido muchos años con Cardenio, la suplicaua le diese lugar para poder verla, y darla vna carta suya. Bien echó de ver el criado que era atreuimiento ir con este recaudo a su señora, pero como sabia que qualquier cosa disimula vna muger por escuchar a quien la trata en su amor, fue a Siluia, q̄ ya se llamaua doña Luana, y la contó el suceso. Admiróse Siluia, y viendo que auenturaua poco, y que podia defengañarse en mucho, hizo que se abriessse aquella puerta, y fue a verse con él.

Igual fue la suspension de éntrambos, quando llegaton a verse en tan distinto habito; el amor le dezia a Siluia, que el que tenia presente era su dueño, mas el trage no la consentia que lo creyese. Tambien Cardenio, viendola en tan diferente habito, se suspendia, mas siluia con agudeza de muger, imaginó que sin duda sabiendo Cardenio su nueva nobleza, para no defenamorarla,

la, auria hecho aquella transformacion, y assi empeço luego a encarecer lo poco que la obligauan aquellos disfraces, porque ella se auia inclinado, no a las humildes galas, sino al noble coraçon; no a la corteza villana, sino al entendimiento Cortesano; no al pobre vestido, sino a la rica voluntad, y que no se desuelasse en las exteriores apariencias, que son accidentes para quié ama, pues mas le quisiera villano y constante, que galan y falso, y assi que se boluiesse a entretener con quié el sabia, que ella procuraria que se le diesse poco de vn hombre que no la merecia, pues con su humilde nacimiento la deshonraua, y con su inconstante trato la ofendia, pero que aduirtiesse q̄ no le dexaua por verle tan inferior a su sangre, y a su fortuna, sino porque le hallaua tan desigual a su honesto amor, y firme correspondencia, aunque se consolaua con que sabia morir, sufrir, y callar sus penas, por no llegar a verse en los braços de vn hombre, que auisandole cada dia de donde estaua, y rogandole que la viniessse a ver, no solo no lo hazia, sino que respondia con desprecios a quien le trataua en ello.

Mas dixera Siluia, si la dexaran sus hermosos ojos, porque con la fuerza grande del sentimiento,

to, rebentaua por descansar llorando. Suspendio-  
se Cardenio, viendo las injustas quejas q̄ tenia  
de su voluntad, pues desde el dia que se ausentó  
de Pinto, ni auia tenido recaudo suyo, ni por par-  
te de Albanio auia sabido donde estaua, y assi la  
respondio, que si queria emplearse en quien me-  
jor la mereciessse, no era menester valerse de escu-  
sas, que él viuiria muy contento con verla, aunq̄  
fuesse en otro poder, como supiessse que era gusto  
suyo; pero que se desengañasse de que él ni era  
Cardenio, ni villano, aunque tanto tiempo lo a-  
uia parecido, sino don Diego Osorio, que para  
credito de su nobleza, bastaua dezir que tenia al-  
guna sangre en la casa de Lemos, y q̄ él era quien  
passando por Pinto se enamorô de su hermosura,  
y la habló cierta noche, aunque por ser demasia-  
do obscura no le auia conocido, y que despues  
por verla, y por obligarla a su amor, se auia dis-  
fraçado de aquella suerte, y que como podia que-  
xarse de su descuydo, pues nunca supo la mudan-  
ça de su estado, porque al punto que se murmu-  
rô que faltaua, viendo que Albanio ni otra per-  
sona dauan nueuas della, sino que todos se enco-  
gian de ombros, y respondian suspirando, como  
no le tenia en el lugar mas que su belleza, y en



acabandose el fin, cessa la volūdad de los medios, se auia venido a la Corte, y saliendo aquella noche con vn amigo le sucedio vn disgusto, y huyēdo del rigor de la justicia se auia fauorecido de su casa, en la qual oyendo su nombre, entre suspiros y lagrimas se auia informado de tan peregrino suceso, y assi no la queria obligar a nada, que no fuesse con mucho gusto suyo, ni queria pedirle mas que licencia para pretender seruirle: y para informarse de su mucho amor, considerasse quien auia hecho mas, él en no olvidarse de su nobleza, y quererla imaginandola tan desigual, o ella en querer librarse de su amor, por imaginarle villano. A lo qual respondio Siluia, que aunque vn honrado viejo, a quien tenia en opinion de padre, la auia dicho la nobleza q̄ tenia, con todo esso sin reparar en este inconueniente, ni en los consejos que le daua su recato, su virtud, y su calidad, le auia amado siempre, que la noche que escucho de su misma boca dezir que tenia amor, era muy cierto, porque si queria acordarse, auian estado toda aquella tarde juntos, y desde entonces empeçó a tener principio su volūdad: y para que echasse de ver como auia podido mas con ella su amor q̄ su calidad, leyesse aquella

aquella carta que tenia escrita para que se la llevase Albanio, y facandola por abono de su firmeza, se la dio, y Cardenio vio que dezia:

**S***I con el nuevo habito huiera perdido el amor q̄ te tengo, yo pienso que me lo agradeciera mi sangre, mas ha sido tan al reves, que nunca estuere tan resuelta a ser tuya. Quien te diere esta te dará razón de mi casa y calidad, que aunque ay entre los dos tanta distancia, mi amor te hará noble, que bien podrá por lo que tiene de Rey.*

*Doña Juana Osorio;*

No tuvo Cardenio con tan verdaderos desengaños que dudar, ni a Siluia con amor tan conocido la quedó que temer, y quedandose Cardenio aquella noche en el mismo quarto; por el peligro que podia tener si salia, y porque la voluntad de Siluia no llevaria bien otra cosa, a la mañana habló Siluia a sus padres, y les refirió toda la verdad del suceso, y como ellos tenían tan fresco el suyo, y sabian los desatinos que causa querer impedir a vna muger su voluntad lo recibieron con mucho gusto, y su padre conoció a Cardenio, que por sus costumbres y nobleza lo

era

erá en la Corte. Vieron de Granada los que  
 imaginauan sus enemigos, y viendo no solo em-  
 pleada tan noblemente a su hija, sino hallando  
 vna nieta tan hermosa, que se lleuaua los ojos  
 de quantos la mirauan, trocaron en paz el eno-  
 jo, y en contento la pesadübre: gozó Cardenio  
 de su amada Siluia, y publicand. se po la Corte  
 vna inuencion de amor tã nueua, celebra-  
 ron la mucha ventura de Cardenio,  
 y la diuina belleza de Siluia, ya  
 hermosa dama de la Cor-  
 te, si algunos años  
 humilde villana  
 de Pinto.

(..)

*Fin de la Nouela quinta*

LA

NOVE




  
**LA DESGRACIADA**
  
**AMISTAD.**

**A IVAN DEL CASTILLO SECRETARIO**  
 de su Magestad, &c.



Combidó Ptolomeo vna noche a cierto Prin-  
 cipe, y el sellouó consigo a Apeles, y como es-  
 trañasse Ptolomeo el nueuo huesped, le pre-  
 guntó quien le auía traído? Apeles entóces  
 tomó vn carbõ del fuego, y dibujó en la pared la per-  
 sona y rostro del Principe; con q̄ Ptolomeo quedó jun-  
 tamente desengañado, y reconocido. A quien me pre-  
 guntare (señor Secretario) la causa de mi atreuimiẽto  
 en dirigir a v. m. essa Nouela, responderé como A-  
 peles, pintando el amor q̄ yo tengo a v. m. y las obliga-  
 ciones q̄ cõstare a mi padre, y desta manera el quedará  
 sin escrupulo, v. m. satisfecho, y yo en opinion, no de  
 osado, sino de agradecido. A v. m. guarde Dios mu-  
 chos años con la salud, y aumentos que desseo.

Aficionado de v. m.

El Licenciado Iuan Perez de Montaluan.

NOVE



# NOVELA SEXTA.



**P**OR entre huertas y jardines de aquella hermosa Ciudad, que fue conquistada del Rey dō Iymé, y situada en la parte de Europa, que se llama Tarraconense comarca que vieron antiguamente los Edetanos iua vn Cavallero moço, noble, entendido, y galan, llamado Felisardo, suspenso de ver tanta variedad y diferencia de flores, y deseoso de gozar mas cerca aquel poderoso, y antiguo edificio, aunque pensatiuo y triste, porque algunas ocasiones de honra le desterrauan de su patria si bien es verdad que iua a parte donde ningun forastero le echa menos. A poco mas de media legua antes de entrar en la Ciudad, vio que se apeaua de vn coche vna dama, que en las honestas galas daua

a entender que era viuda, y que sin esperar los chapines por yr mas ligera se entraua por vn verde, y enredado bosque, con tanta prissa, que le obligó a preguntar a vna criada q̄ auia quedado en guarda suya, la causa de aquel sobresalto, para ver si era ocasion en que su persona pudiesse escusarle alguna pesadumbre, porq̄ fuera de que en los Caualleros, y aun en los que no lo son, es deuda de la cortesia fauorecer las damas. Auiale parecido a Felisardo tan hermosa (aunq̄ vista de prissa) que quando el fuera menos noble, sus ojos le hizieran mas atreuido. Respondióle la criada, que podia ser de tãto prouecho, que estoruara mas de vna muerte si acudiera cõ breuedad donde iua su señora. Y entonces arrojandose del cauallo empezó a discurrir por la olorosa selua, hasta que la alcançô, y ella viêdo a vn hombre que la seguia, se boluio a el, y le dixo: Si acaso, Cauallero, os ha mouido a piedad ver con el ansia que vengo, de mi parte os suplico me acompañeys hasta lo vltimo deste bosque, donde imagino que estã vn Cauallero esperando a otro para darle por mi causa la muerte, y le importa a mi opinion que viuan entrambos, porque de qualquiera desgracia que sucediere,



cediere, he de fer yo la causa, aunque no aya tenido la culpa. Escuchó sus turbadas razones animoso y cobarde: animoso, porque como era principal sabia aventurar la vida por qualquiera muger: y cobarde, porque su belleza era para hazerse temer, y llegãdo por la margen de vn cristalino arroyo a la postrera estancia, oyeron vn pequeño ruído de espadas, y por la noticia que pudo dar el eco, no de las palabras, sino de los golpes, anduuieron con mas cuydado, hasta que vieron dos caualleros, que procuraua cada vno la muerte de su enemigo, librada en la destreza, o ventura de sus espadas: y sacando ayrosamente Felisardo la suya, estoruó con ruegos y amenazas la colera de los dos zelosos, y sabiendo de ellos mismos, q̃ la causa de su disgusto era aq̃lla dama, porque igualmente la amauan, y merecian, aunque ella no se mostraua inclinada a ninguno, les dixo que su pesadūbre podia escusarse, porque si el amor estaua indiferente en ella, aquel pleyto era de la fortuna, y assi su parecer era, que los dos la conquistassen en tanto que su voluntad hiziese eleccion del vno. Yo no tengo de vivir (respondio el mas colerico) con esta competencia, ni he de consentir que ninguno en

el mundo estorue con su voluntad la mía; y así me parece mejor que con la muerte del menos dichoso cesse la duda del que boluiere a Valencia vivo. Esto (replicó Felisardo) también se puede hazer sin sangre, como quiera declararse esta señora, eligiendo a quien mas quisiere, dádome un metro palabra como Cavalleros, que qualquiera de los dos que fuere menos dichoso, no se ha de sentir ofendido, ni perseverar en la solici- tud de su amor: convenidos todos tres en este concierto, se bolvió Felisardo a la dama, y la dijo (aunque con embidia de quien avia de ser el admitido) que en su mano estava asegurar el honor que perdía, pues solamente confesando que el vno la agradava, quedaria sin rezelo del mayor peligro, pues aunque ellos dezian que a ninguno queria, el sospechava lo contrario, por que la avia visto venir con tanta ansia a estoruar su muerte, fuera de que en las mugeres principales disimular su amor, aunque lo tengan, es cosa tan conforme a su nobleza, y gravedad, que si ellos vengase de su flaqueza con su silencio, y supueste que todo aquello era verdad, la suplica va se declarase para que en sabiendose qual era el que recedore de su gusto, el vno se consolase, y

el otro quedasse la isfecho. *Ed hemblo vira*  
 Confusa estuuo Rosaura, (q̄ assi se llamaua  
 esta señora) viendo que a ninguno queria, y que  
 casi era forçoso hazer elecion de su voluntad. Y  
 advertiendo en que de todos tres solo Felisardo  
 era el mas digno della, quiso dezir que el terce-  
 ro la parecia mejor, mas viendo que ni en su san-  
 gre, ni en su cõpostura cabia aquella facilidad,  
 bañados los puros jazmines en vergõças cla-  
 uellinas, respõdio a Felisardo desta suerte: Yo,  
 Cauallero soy la Condesa Rosaura, bien cono-  
 cida en este Reyno por mi estado y nobleza;  
 casême de pocos años con vn hombre, que los  
 suyos passaua de cincuenta y ocho, que los ca-  
 samientos que se hazen mas por razon de esta-  
 do, que por gusto, suelen tener semejantes desi-  
 gualdades; y como a la mucha edad de mi espo-  
 so le conuenia mas el sepulcro que el talamo,  
 murio dentro de pocos dias, y yo quedê sola y  
 triste, porque aunque su compaõia no lo era, ba-  
 stò para llorarle aver tenido nombre de mio.  
 En este tiempo don Aluaro Ponce, y don Fa-  
 drique de Mendonça, que son los que veys pre-  
 sentes, me han solicitado, entrambos nobles, ga-  
 llardos, y entendidos, aunque como ellos dizê,



mi voluntad ha estado indecisa y dudo sa, de-  
 d: f r, porque son iguales en todo, no halla mas  
 razón para querer al vno, que despreciar al otro:  
 y si os parece que venir a impedir la desgracia  
 que les pudiera suceder, tiene algo de amor, cre-  
 edme que solo fue miedo al honor que por ellos  
 auenturaua, pero (como vos dezis) consiste su  
 vida, y mi seguridad en declarar qual ha dado  
 mas cuydado a mis ojos, digo q̄ don Fadrique,  
 solo por mas constante, merecē mi voluntad, y  
 gustare que me sirua sin competencia.

Luego que el Cauallero oyò los fauores q̄  
 Rosaura le hazia, se echò a sus pies, y a Felisardo  
 besò las manos, pidiendole que mientras estu-  
 uiere en Valencia fuesse su huesped, para satis-  
 fazerle la merced que por su parte auia recibi-  
 do. Con esto se boluieron todos a la Ciudad, y  
 a Felisardo le aposentò en su casa don Fadrique,  
 y regalándole con cuydado, y ofreciéndole su ha-  
 zienda y vida, tanto por merecerlo su persona,  
 como por ser instrumento de la dicha que le es-  
 peraua, y en efeto con la comunicacion y las o-  
 bligaciones, creció la amistad en los dos de ma-  
 nera, que parece que estauan formados con vn  
 alma, y podia con ellos olvidarse la memoria  
 del

del generoso Pilades, y constante Orestes, y la  
del fiel Asmundo de quien se escriue, que se en-  
cetro vivo con su amigo muerto. Pesóle a Feli-  
sardo de que la amistad de don Fadrique creciese  
se tanto, porque le priuaua de mirar a Rosaura  
como quisiera: pero su nobleza, y lo mucho q̄  
deuia a su amigo pudieron tanto, que escusaua  
quáto podia el verla; y si alguna vez la visitaua,  
era tratando del amor de don Fadrique, rogán-  
dola aduirtiesse en sus meritos, y diessse vn ale-  
gre dia a Valencia, y que ya esperaua por puntos  
el feliz suceso de aquellos amores. De mala  
gana respondia la hermosa Rosaura a esta con-  
uersacion, porque desde que vio a Felisardo le  
amaua de manera, q̄ todo el dia gastaua en ima-  
ginar como podia darle ocasiõ para q̄ la entendi-  
esse, y despues de entédida, pagasse aquella secreta  
pasiõ: mas viendo q̄ por ser su amistad tã grãde,  
no auia de ser posible, se consolaua, sintiendo y  
llorãdo el desgraciado epleo de su volũtad, y as-  
si los dos passauã por vn mismo tormẽto, Feli-  
sardo disimulãdo el amor q̄ le abrasaua el alma  
por no offeder a dõ Fadriq̄. y Rosaura, diziõdo-  
le solãmete a sus ojos. Y estãdo vna tarde cõ el a  
solas, y aduertido q̄ algunos suspiros q̄ arrojaua  
del

del pecho, quando le parecia que ella no le mirava, le rogó encarecidamente la comunicasse parte de sus tristezas si a caso eran de amor, y refiriesse la causa de su destierro, que sin duda era grande, pues le tenia con tan poco gusto. En lo primero (respondio Felisardo) no os podré servir, porque el amor que me inquieta, ni me está bien que le diga, ni vos podeys consolarme en el, no por tenerle ausente, sino por otras razones mejores para calladas; y porque en lo segundo que me mandays no puedo escusarme, estádme atenta vn rato, y vereys la triste causa que me tiene en Valencia.

Es mi patria la Imperial Toledo, ciudad en quien España tiene puestos los ojos, porque el caudaloso Tajo la haze illustre, y los ingenios que produce inmortal. De mis padres heredé tan acreditada nobleza, que mereci vn habito de Santiago por mano de don Felipe, que llamaron el Prudente, hijo que fue del inuencible Carlos. Con esta calidad, y quatro mil ducados de mayorazgo, miré con alguna muestra de voluntad a Flora, dama de divina hermosura, afable, bien entendida y virtuosa con estremo, pero tan pobre, que a todos quitaua el animo de pedirla



pedirle a su padre cómo ser muchos los que la des-  
seaban, y yo que la deuia de querer mas que to-  
dos, y he nacido mas ambicioso de la virtud, q̄  
del oro, aunque con poco gusto de mis deudos,  
me casé con ella, y tuue a mucha suerte mia a-  
uerla merecido. Y como la soledad del campo,  
y las flores está a proposito para gozar vn hōbre  
de su amor con mas descanso, me determiné a  
salir de Toledo, y llevar mi casa a vna pequeña  
aldea, donde estaua la mayor parte de mi hazi-  
enda, para moderar tambien el gusto y desem-  
peñarla de algunas deudas, que suelen ocasionar  
las trauestras de los moços. Era señor del lugar  
que digo, y viuia por entonces en el vn Principe  
de aquellos Reynos, al qual ofreci mi casa vna  
vez, y me pesó muchas, porque segun desoues  
entendi, se aficionó de Flora, y para conquistar-  
la, empecó a grãgear mi amistad con honras y  
mercedes (que ya es treta de los poderosos hon-  
rar al mismo que quieren ofender, o para que se  
assegure, o para que se obligue) mas yo que re-  
paré con malicia en sus libres ojos, tuue por sos-  
pechoso, el fauor que me hazia, porque en fin era  
despues de auer visto a mi esposa: y aunque es  
verdad q̄ yo por mi sangte le merecia, no pude

sentir bien de su liberalidad, porque para hazer bien a vn hombre, no pienso que es necesario ir a visitar su muger. Con estos temores me tenían los zelos de mi honra, sin osar dezir mi dolor, que vn marido se condena acallarle hasta que le castigue, porque lo demás es parecer culpado en su infamia. Era este Principe determinado y poderoso, dos cosas, que qualquiera bastaua para que mi honor estuuiesse poco seguro; y en efeto fueron tantas sus diligencias, que vencieron mi cuydado, y tuuo orden para que Flora por vn papel entendiesse el suyo. No sé quando llego a este punto, con que razones diga lo que me admiro de su flaqueza, porque en mi opinion no tuuo disculpa para ofender me. No me espanto Rosaura, de liuandades, porque sé quan facilmente se ciega el entendimiento, y ay ocasiones en q̄ apenas tiene culpa el delito. Que la muger a quien le faltan regalos y galas, ofenda a su esposo, ya en el mundo tiene disculpa, porque responderá, que lo hizo obligada, o necesitada. Que la otra viendo a su marido galan de la muger agena, y marido siempre con la propia, le imite, no me admira, porque sin razones de vn hóbre suelen hazer liuianas a las mugeres.

geres. Que la casada a su disgusto busque quien la divierta, porque el que tiene al lado la canfa, ya es vfo, aunque indigno de mugeres virtuosas. Pero que Flora amando, y siendo amada, seruida, y sin auer menester a nadie, siédo principal, y virtuosa, y deuiendome la fineza de auerla qrido sin dote, (que para el siglo presente no es la de menos calidad) recibiesse papel con gusto, q no fuesse mio; cosas son que solamente tienen salida, con acordarme que auia nacido muger. Perdonéme las que tienen alguna firmeza, que mi intento no es hablar en todas, pues es fuerza que aya muchas buenas entre tantas que no lo son: pero ingenuamente digo, que tiene vna muger mucho andado solo con serlo para hazer qualquier baxeza. En efeto Flora viendose amada de vn hombre a quien podia llamar Excelencia, se desvanecio neciamente, y mas por Vanidad, que por aficion admitio la fuya, y pecco a poco vino a quererle tanto, que en la mesa y en la cama daua ocasion a mis zelos su tristeza y enfado, porque como se via adorada de vn Principe, me miraua como a indigno de su hermosura. Suspiraua de noche, y como para ser yo la causa me tenia a su lado, colegia mi ofensa, y

sus



suspiraua yo tambien, aunque ella por deslumbrar mis recelos, dizia, q̄ el verse en vn aldea, y estar sin la vista de sus padres la tenia con poco gusto, y sabe Dios que la amaua con tanto estremo, que me holgué, por quererla cō mas disculpa; pero fui tan desgraciado, que me duró poco este engaño, porque viniendo vna tarde de caça, y hallandola cerrada en su aposento, y con algun sobrefalto, pregunté la ocasion, y ella turbada y necia, ni supo mentir ni disculparse; mas viendo sobre vn bofete tinta y pluma, imaginé lo que podia ser, y apretandola sobre que me confesasse a quien escriuia, se defendio de suerte, q̄ me obligò a que lo procurasse con alguna violencia, y desabotonandola vn jubon de tabi de plata, vi que a mis pies se auia caído el carton, y con él vn papel, que poco antes auia recebido. Yo entonces cerré la puerta, y mas difunto que ella, leí lo que venia en él, que en suma era dezirla, que el amor no lo es, quando no le confirman los braços, y que assi para creer que se le tenia, diessse orden de que se lograsse, pues yo uia tantas vezes a caça, y a Toledo. Ya tuue quando acabe de leerle la daga en las manos para poner fin a su vida, mas viendo que no se satisfa-

zia mi honor, dexando vino a mi enemigo, me bolui a ella, y dissimulando el enojo, la dixi: Mucho me espanto Flora, que te resistieses tanto en darme este papel, pues hasta aora tu no tienes culpa en el amor de su dueño, si bien pudieras escusarte de recibirle, mas yo te perdono esse yerro, con que de aqui adelante trates mejor mi honor, y mires lo mucho que te estimo, porque tengo de tu virtud tanta confianza, que no me puedo persuadir a que con animo de ofenderme le ayas recebido, pues tomar vn papel, muchas vezes es cortesía, y no voluntad. Con esto la dexé mas sossegada, y yo estuve en el lugar ocho dias por encubrir mejor mi vengança, y despidiendome de mi ingrata esposa, a quien dixi que iua a Toledo, rogué mirasse por su decoro, y se acordasse de que era mia. Bolui a la noche, y entré en el aposento de vn esclavo q̄ cuydaua de mis cauallos, y estaua vezino a la puerta, para esperar a que mi enemigo con la ocasiõ de verme auséte, viniessé alguna vez a ofender mi casa, y assi en recogiendo se los criados, salia y la miraua sin perdonar hasta el jardin; mas Flora, que era astuta y cuerda, tuuo mi ausencia por maliciosa, y denio de auisar a su galan de que

impor-

importaua al amor de entrambos assegurarame aquellos dias por si acaso los zelos me truxeran de noche al lugar: y verdaderamente no se engañaron, porque viendo yo que en anocheciendo se cerrauan todas las puertas, y que no salia ni entraba mi enemigo, ni algun criado suyo, vine a creer que Flora obligada de mi amor, y agradecida a la piedad que auia usado con ella, estaria arrepentida, y auria conocido lo que erraua. Con este engaño sali de mi casa para boluer a entrar en ella, y Flora me recibio con queixas, y aun con lagrimas, porq̃ me auia detenido tanto, y empeçó a tratarme con el mismo amor que solia, desmayandose, si me ausentaua, y enterneciendose, si faltaua vna hora de sus ojos, y entonces era quando mas atreuidamente me quitaua la honra, que los amores y regalos de vna muger, suelen ser visperas de la ofensa que quiere executar.

Tuue en este tiempo tan poca salud, que me obligaron los medicos a que passasse las noches diuidido de los braços de Flora, porq̃ mi amor, y su belleza no fuesen causa de alguna trauesadura, que me quitasse la vida. Y vna noche, que a mi parecer estaua mas animoso, me leuanté de



la cama, y llegué al quarto de mi adultera esposa, la qual pensando que era su galan, dixo medio dormida, nombrando a mi enenigo: Si acabas de estar aora en mis braços, y sabes el peligro que tenemos en que te sienta Felisardo, o que alguna criada te conozca, para que vuelues a gozar lo que ya estuyos? recógate señor mio, y no quieras por el gusto de vna noche, perder la gloria que podemos tener en tantas.

Yo entonces tomando vna luz, y vna espada de mi quarto, baxé hasta la puerta principal, y hallando vn postigo abierto, confirmè mi agrauio, y bolviendo adonde estaua Flora, la desperté, y dixé que se vistiesse, y despues la hize escribir vn papel que noté yo mismo para su galan, en el qual le dezia, no dexasse de uerse con ella la siguiente noche, porque importaua mucho, y embiandole con vna criada ignorante de lo q auia passado, se le dio en sus manos, y en llegando la noche dexé encerrada a Flora, y fui a Toledo, de donde truxe conmigo vn Religioso en vn coche, y le dixé la confessasse para morir, y ellaviendo la poca vida que la quedaua, se confessô y arrepintio de sus culpas, pidierdoncê có lagrimas, no que la dexasse viua, sino que la perdonasse

donasse la ofensa que auia cometido contra mi honor; y apenas la absoluió el Sacerdote, quando la quité la vida casi en sus mismos braços, y le dixé se boluiesse a Toledo, lo qual hizo admirado de aquel successo, y yo quedé aguardando el autor de mi afrenta, que vino a cosa de las onze, y quando vio a Flora tendida sobre la sangrienta cama, y con dos luzes a los lados, se turbó de manera, que apenas acertaua la puerta para poder salir, y el primero con quien encontró para preguntar la causa de aquella desdicha, fui yo, que ya tenia preuenida vna pistola, y en conociendole distintamente le pasé con dos balas el pecho, y le puse en los braços de mi difunta esposa, para que todo el mundo conociesse, que quié me abrasaua el honor tan injustamente no merecia menor castigo; y fiando mi vida de la ligereza de vn cauallo, dexé mi patria, y me determiné a buscar en la agena amparo para defenderme de mis enemigos, que son poderosos, y muchos, aunque mi vengança fue tan justa, que ninguno tendrá animo de culparme, porq̄ quando el honor pide sangre para satisfacerse, no ay respetos humanos que la escusen.

Con miedo y suspension oyó la hermosa Rosaura

saura la triste historia de Felisardo, y le dixo, que  
 en Valencia podia estar muy seguro, y mas con  
 el amparo de don Fadrique, que era de los Caua  
 lleros mas validos en ella, y que de su parte le as  
 segurava, que fuera poco aventurar su calidad, y  
 hazienda en defensa de su persona. Echóse a sus  
 pies Felisardo, y solamente la respondió, que era  
 su esclauo, y q̄ como a tal podia señalarle el ro  
 stro. No os quiero tan humilde (replicó la discre  
 ta Rosaura) porque os tengo por mi señor mio,  
 que no estoy olvidada del dia que con tanta cor  
 dura boluistes por mi opinion: y porque veays  
 la llaneza con que os trato, hazedme gusto de  
 tomar aquel instrumento, y honrarle como el  
 otro dia: porque desde entonces, ni le he tocado  
 yo, ni permitido que nadie se le atreua, porque  
 es cierto, que se quexara de otras manos, auiedo  
 conocido las vuestras. Estimó Felisardo la lison  
 ja, y sin porfiar, ni templar, que lo vno es igno  
 rancia, y lo otro enfado, cantó desta manera:

*Icaro amor, que a la region aspiras*

*Del Sol hermoso, que atreuido adoras,*

*Si de sus rayos el rigor no ignoras,*

*Como la esfera de sus luces miras?*



*Si en fin has de ser blanco de sus iras,  
 Porque a una peña obligas, y enamoras?  
 ¿Si tu muerte en su hermosura lloras,  
 Como llorando por amor suspiras?  
 Ay imposible amor! y quien pudiera  
 Reducirte a entender que es imposible,  
 Que amor se llame lo que no se espera.  
 Pero dira mi fe, mas inuencible,  
 Que por ser imposible es verdadera,  
 Pues fuera interessada a ser posible.*

En cantando Felisardo, le rogó Rosaura; que le hiziesse gusto de dezirla quien era aquella dama, cuya empresa juzgaua tan imposible, porq̃ otra vez le auia oïdo dezielo propio; y no era tã muger en reuelar secretos, que no se pudiesse fiar della qualquier cosa, ni tan mala para amiga, q̃ no le ayudasse en todo, y mas si fuesse dama Valenciana. No era esta mala ocasiõ para declarar Felisardo su pecho, pero obligado a su noble amistad y no rendido a su amoroso cuidado, quiso mas morir que perder el respeto a don Fadrique, porque como el quererla bien no estauo en su mano, pudo librarse de traycion, mas declararse con ella, ya era obligarla a que le correspondiese,

diessé, cosa que tocava en agrauio de su amigo, que ofendido de la dilacion de Rosaura, viendo que no recibia con demasiado gusto sus visitas, la escriuió algunas pesadumbre acerca de lo que se murmuraua su desden en la Ciudad, despues de auerle dado esperanças que seria suya. Reparó Rosaura en que tenia don Fadrique razón, porque para dissimular muchas horas, que passaua con Felisardo, auia dicho a todos, que trataba del amor de don Fadrique, de manera que por esto, y porque ya sus deudos lleuaná mal sus dilaciones, se halló empeñada en casarse. Bien echaua de ver que la auia de costar la vida, mas aduirtiéndolo, que quando se determinasse a dezir su amor, no auia de corresponderle Felisardo, por ser noble, y saber las obligaciones de amigo, respondió a don Fadrique, que la causa de su diuertimiento era su poca salud, pero que ella le prometia q̄ en hallandose con menos achaques, le daria a entender que era quien mas lo dessea-ua. Cobró don Fadrique con esto nuevas esperanças, y Felisardo empezó a estar embidioso, q̄ no tienen de villanos los zelos otra cosa, pues es fuerça pesarle a vn hombre del bien ageno; y así se determinó a no verla, para sentir menos

aquel pesar dando a don Fadrique por disculpà, que tenia vn secreto amor que le quitaua el tiempo, y que pues ya el sayo no auia menester testigos, ni terceros, le tuuiesse por escusado. Sintio Rosaura con estremo la sequedad de Felisardo, y mas quando don Fadrique refirio la causa, y assi proeuro verse con èl para rñirle su desvelo, y saber la dichosa dama que le tiranizaua el tiempo. No tardó mucho en cumplirsele este deseo, porque encontrandole en aquella hermosa salida del mar, que llaman el Grao, le llamó a parte, y confusa y turbada, le dixo:

Nunca pensé Felisardo, que el amor podia hazer a vn hombre discreto, descortés con las damas, digolo, porque despues que estays diuertido en lo que vos sabays, os retirays de quien os desea seruir: en mi casa os reciben todos con gusto, y su daciõ con muy gran voluntad, porq̃ vuestra persona lo merece y don Fadrique haze de vos la justa estimacion que deue, y esta no es causa para hazeros ingrato. Mas porque he pre- temido que a la tal dama que os desvela, le pesa de que me visiteys, sacadme por mi vida de aquesta duda, y dezidme con verdad la causa de no verme, pues si es la que pienso, me consolaré con



con que no es vuestra la culpa en todo, porque ya tengo noticia de que los amantes no son suyos, y solo tratan de obedecer a su dueño.

Mucho es lo que me pedis, (respondio Felisardo) pero porque no presumays que soy desagrado a lo que os deuo, debaxo de secreto natural, como a muger tan cuerda, dire la causa que me mueue a huir de vuestros ojos, advertiendo, que no aueys de enojaros, pues al fin yo no la digo, porque quiero dezirla, sino porq̄ vos me lo aueys mandado. Bien os acordays hermosa Rosaura, de la tarde que salieron al campo don Fadrique y don Alvaro, y que despues de veros y seguiros por consejo mio elegistes a don Fadrique, pues desde aquel dia, (perdonad me que os hable desta fuerte) me rindieron con tanta fuerça vuestros ojos, y las demas gracias con que el cielo adornó su hermosura, que con esta imaginacion solamente oluidé el temor de mis enemigos, el amor de mi patria, y la muerta belleza de mi esposa. Mas viendome en diuerfas ocasiones obligado de don Fadrique, y que ser su amigo, y amaros no se compadecia, me resolui a no veros, para huir la ocasion de perderme, porque fuelo estar de manera, que si no me acordara de

que nací Christiano, me huiera echado sobre mi propia espada, para borrar con mi sangre el retrato que aueys dexado en el pecho. Muchas vezes tengo verguença de agrauiar a vn hombre que deuo tanto, aunque sabe Dios que no he podido ma, y que me he vencido a mi mismo y a si os ruego y encargo, que de aqui adelante no ostengays por ofendida en q̄ me esté en mi casa, pues a vos os importa poco, y a mi me puede seruir de remedio.

Nueno gusto, y nueuas esperanças se prometio Rosaura, quando supo que su amor no estaua tan mal pagado como imaginaua, y luego le confesó su voluntad, y que la causa de entretener sus bodas, era el amor que le tenia, porque sin poderle resistir, le auia entregado el alma (scñal q̄ vna misma estrella predominana en la inclinacion de entrambos.) Quedò Felisardo contêto con el fauor que no auia esperado, si bien dudoso por la amistad de don Fadrique, pues si queria gozar de Rosaura, era fuerça perder vn amigo. Rosaura tambien reparando mejor en lo que podia resultar de dar la mano a Felisardo, aduirtio prudentemente, que si lo atropellaua todo, y se casaua con él, le ponía en conocido peligro, por  
que

que don Fadrique ofendido, y zeloso auia de intentar su muerte, y seria facil executarla, por ser Felisardo solo, y no conocido, y don Fadrique vn hombre a quien respetaua toda la ciudad, y en fin la parecio mejor acuerdo no mudar del estado que tenia, hasta que el tiempo lo dispusiese mejor, conseruando su voluntad sin gozarla, para no enojar al vno, ni perder al otro, y por ver si oliua alguna parte de sus tristezas, se fue a vna casa de campo que tenia por vezino al mar, y estaua dos leguas de Valencia, donde entretenia el tiempo con la memoria de Felisardo, y la esperança que tenia de ser suya; y vna noche que su amigo y el iuã a verla, entrambos amantes y entrambos poco dichosos, detuuvo sus passos la voz de vn pastor, que enamorado de alguna zagala que amaua, y por desgraciado perdia, cantaua al son de vn mûsico arroyuelo desta fuerte.

*Llorad ojos, que es razon  
tener igual sentimiento,  
porque mi amor pide a voces  
azua para tanto fuego.*

*Si para llorar nacistes,  
llorad ojos, y lloremos,*

*que*



que no es afrenta el llorar,  
 quando es tan grande el tormento

Yo lloraré mis desdichas,  
 pues tanto en mi mal crecieron,  
 que apenas tuue un plazer,  
 quando lloro que le pierdo.

Llorad vosotros por mi,  
 pues que veys que ausente muero,  
 porque estar ausente un hombre,  
 es lo mismo que estar muerto.

Y si acaso vuestras fuentes  
 han murmurado deseos,  
 llorad porque se mallogran,  
 pues no los gozo, y los tengo.

Preuenid vuestros cristales  
 pues que ya ha llegado el tiempo  
 en que mis penas comiençan,  
 y tienen fin mis contentos.

Ya de aquel bien que gozastes  
 oy a mi pesar me ausento,  
 pero por esto fue bien,  
 porque se acabó tan presto.

Ojos, paciencia, y morir,  
 pues oy a Nise perdemos,  
 que si en ella está mi vida,

bien se sabe que la pierdo.

Mas pues es cierto, ojos tristes,  
que a Nise en vosotros lleuo,  
rogalda que no se olvide  
que la quise, y que la quiero.

Y dezilda que se acuerde  
de las vezes que dixeron  
sus labios; Tuya serè,  
y yo la llamè mi dueño.

Y se acuerde de algun dia  
que la vi llorar de zelos,  
y sus lagrimas bebi,  
por guardarlas en mi pecho.

Y tambien de algunas vezes,  
que al verme en sus ojos bellos  
sustituyeron al alma,  
y el cristal siruio de espejo.

Dezilda lo que en su ausencia,  
conmigo propio padezco,  
pues solamente vosotros  
soys secretarios del pecho.

Yo lo quisiera dezir,  
pero ni puedo, ni acierto,  
que como del Rey la cara  
pone la hermosura a miedo.

Encargada con gran fuerça  
 mi memoria, porque pienso  
 que no ay ausente seguro  
 del oluido, y del desprecio:  
 Rogada que no me oluide,  
 y que tenga por muy cierto,  
 que aunque otro merezca mas,  
 sé yo que le deue menos.  
 Y quando mas cerca esteys  
 dezilda que la prometo  
 que en lo que toca a su amor  
 sabe Dios que no la deuo.  
 Esto la podrys dezir  
 porque yo solo me atreuo  
 a sentir que adoro a Nise,  
 y a llorar porque la pierdo.

Enternecidos oyeron Felisardo y don Fadrique las ansias lastimosas del enamorado pastor, que quien tiene que perder, facilmente se duele de las desdichas ajenas, y llegando a lo mas aspero de vn monte, que se atrauessaua, oyeron vn gran ruido de armas y voces, y entre ellas vna, cuyo dueño tal vez llamaua a Felisardo, y tal a don Fadrique; y escuchando con mas atencion, oyeron